



La historia de...
Acciona en EE.UU.
por Joaquín Mollinedo

Donald J. Trump y el
mundo: una relación
conflictiva
por Javier Rupérez

El *impeachment*
latente
por Vicente Vallés

El menguante
círculo de confianza
de Trump
por Dori Toribio

Todos los generales del
presidente
por Pedro Rodríguez

Perspectivas de las relaciones
EE.UU.-RUSIA en la
Administración Trump
por Javier Morales

Las opiniones, referencias y estudios difundidos en cualquier publicación de las distintas líneas editoriales del Instituto Universitario de Investigación en Estudios Norteamericanos “Benjamin Franklin” (Instituto Franklin-UAH) son responsabilidad exclusiva del autor colaborador que la firma. El Instituto Franklin-UAH no interfiere en el contenido ni las ideas expuestas por los referidos autores colaboradores de sus publicaciones.

El Instituto Franklin-UAH (fundado originalmente como “Centro de Estudios Norteamericanos” en 1987) es un organismo propio de la Universidad de Alcalá que obtuvo el estatus de “Instituto Universitario de Investigación” en el 2001 (Decreto 15/2001 de 1 de febrero; BOCM 8 de febrero del 2001, nº 33, p. 10). Su naturaleza, composición y competencias se ajustan a lo dispuesto en los Estatutos de la Universidad de Alcalá de acuerdo al Capítulo IX: “De los Institutos Universitarios” (artículos del 89 al 103). El Instituto Franklin-UAH tiene como misión fundamental servir de plataforma comunicativa, cooperativa y de unión entre España y Norteamérica, con el objetivo de promover el conocimiento mutuo. El Instituto Franklin-UAH desarrolla su misión favoreciendo y potenciando la creación de grupos de investigadores en colaboración con distintas universidades norteamericanas; impartiendo docencia oficial de postgrado (másteres y doctorado en estudios norteamericanos); difundiendo el conocimiento sobre Norteamérica mediante distintas líneas editoriales; y organizando encuentros académicos, de temática inherente a la propia naturaleza del Instituto, tanto de carácter nacional como internacional.

Consejo Asesor

José Ignacio Goirigolzarri, *Presidente*
Joaquín Ayuso, *Vicepresidente*
José Antonio Gurpegui, *Secretario*
Claudio Boada, *Vocal*
Amalia Blanco, *Vocal*
Antonio Vázquez, *Vocal*
Bernardo Hernández, *Vocal*
Miguel Zugaza, *Vocal*

© Instituto Franklin-UAH. 2017

ISSN: 1889-6871

Depósito Legal: DL M-26597-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Impresión: Cimapress

Tribuna Norteamericana es una publicación del
Instituto Franklin-UAH

Universidad de Alcalá
c/ Trinidad, 1
28801 Alcalá de Henares
Madrid. España

Tel: 91 885 52 52 - Fax: 91 885 52 48

www.institutofranklin.net

Editor: José Antonio Gurpegui
Editora adjunta: Cristina Crespo
Edición de textos: Cristina Stolpovshih
Diseño: David Navarro
Edita: Instituto Franklin-UAH
Imprime: Cimapress

Tribuna Norteamericana se distribuye gratuitamente entre sus suscriptores. Si desea recibir esta publicación, contacte con:
instituto.franklin@institutofranklin.net



EL EDITOR OPINA

Estimada lectora, estimado lector,

Todavía no llevamos un semestre de Administración Trump y la polémica que han suscitado algunas de sus actuaciones junto al preocupante y latente asunto de la “intervención” rusa en las elecciones presidenciales, parece avalar el punto de vista de quienes calificaron de “trágica” su victoria electoral. Hasta el momento algunas de sus promesas electorales, buena parte de ellas relacionadas con la supresión de medidas implementadas por la Administración Obama, se han visto frenadas en el democrático juego norteamericano de los *checks and balances* que garantiza la Constitución de 1787. Se trata, sin duda, de un presidente que actúa de manera imprevisible, incluso llegando en algunos casos a rozar los límites de la ley. El poder judicial ya le dio el “primer aviso” a raíz de su polémica decisión de restringir derechos constitucionales migratorios para los ciudadanos de varias naciones árabes. En estos mismos días se está investigando su supuesta obstrucción a la justicia en el inquietante caso del destituido director del FBI James Comey, en un tema que parece evocar, por sus potenciales implicaciones, aquel del Watergate que supuso el fin de la presidencia de Richard Nixon. Dedicamos este número de *TN* a analizar los primeros pasos del presidente Trump; para ello contamos con la participación de expertos colaboradores del Instituto Franklin-UAH y asiduos colaboradores de *TN*.

El embajador Javier Rupérez, en “Donald J. Trump y el mundo: una relación conflictiva” ofrece una visión panorámica de la llegada al poder de Trump -rompiendo todos los esquemas conocidos hasta el momento-, y analizando la relación entre sus promesas electorales siendo candidato y la concreción de estas ya como presidente. En texto explícito y conciso, Rupérez se plantea la capacidad de Trump para ocupar el puesto más importante del mundo careciendo, tal vez, de la capacitación necesaria para ello. El director y presentador de Antena 3 noticias, Vicente Vallés, expone la posibilidad de la destitución del presidente Trump en “El Impeachment latente”. En un artículo de fácil lectura, no exento de cierta ironía, explica los motivos, el por qué, que pudiera posibilitar su hipotética destitución. La también periodista y corresponsal de Mediaset en Estados Unidos, Dori Toribio, efectúa en “El menguante círculo de confianza de Trump”, una radiografía de las personas cercanas a Trump prestando especial atención a su hija Ivanka y su esposo Kushner, involucrado en la trama rusa. El investigador colaborador del Instituto Franklin-UAH, Pedro Rodríguez, ofrece en “Todos los generales del presidente” una sugerente interpretación del uso de la fuerza en la Administración Trump como una muestra de su debilidad como presidente. Finalmente el singular protagonismo de Rusia en la presidencia Trump merecía un análisis específico que ofrece el profesor Javier Morales en “Perspectiva de las relaciones EE.UU.-Rusia en la Administración Trump”, donde estudia los distintos intereses entre la Administración norteamericana y el Kremlin.

En la habitual sección “La historia de...”, en colaboración con la Fundación Consejo España-Estados Unidos, narramos el desarrollo de negocio de Acciona en Norteamérica. Su director general de Relaciones Institucionales, Sostenibilidad y Marca, Joaquín Mollinedo, expone la trayectoria de esta compañía española en Estados Unidos, país que se ha convertido en uno de sus mercados estratégicos.

Esperamos que también este número le sea de su interés.
J.A.G.

José Antonio
Gurpegui

Catedrático de
Estudios
Norteamericanos

Editor





Joaquín Mollinedo

Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, con premio extraordinario de fin de carrera.

Previamente a su incorporación a ACCIONA, como director general de Área de Recursos Corporativos en la división de Energía, ocupó diversos cargos de responsabilidad en la actual Orange España: secretario general y del Consejo de Administración y director corporativo de Relaciones Institucionales y Regulación, entre otros. Ha sido secretario general y responsable de Asesoría Jurídica de Vocento. En el sector público, ha ocupado el cargo de jefe de la Sección de Estudios e Informes del Consejo General del Poder Judicial y ha ejercido como letrado y secretario general del Parlamento de La Rioja y de la Asamblea de Madrid.

Director general de Relaciones Institucionales, Sostenibilidad y Marca de ACCIONA



La historia de... ACCIONA EN EE.UU.

Joaquín Mollinedo

En 1948, Entrecanales y Távora –empresa germen de la actual ACCIONA– firmaba sus primeros contratos en el exterior tras menos de veinte años de exitosa andadura en el mercado de infraestructuras español. Era el inicio de un imparable proceso de internacionalización de la compañía que se extendería posteriormente por todo el mundo.

En los años 80, la empresa ya había participado en la restauración de la Estatua de la Libertad en Nueva York. La experiencia de Entrecanales en el país fue el punto de partida de una exitosa trayectoria que se retomó a partir de 2005 con destacados proyectos de energía y de tratamiento de agua.

Hoy, ACCIONA ha construido en Florida la mayor desaladora del país y es una compañía altamente reconocida en el sector energético. No en vano, representa una de las principales apuestas por las energías renovables fuera de España con 721MW eólicos instalados y otros 64MW termosolares, que se extienden a lo largo de gran parte del territorio americano, desde las colinas de Iowa hasta el desierto de Nevada.

Pero, ¿cómo empezó todo? ¿Cuál fue la trayectoria de ACCIONA hasta desembarcar definitivamente en Estados Unidos?

1 *Una historia centenaria*

Los orígenes de la actual ACCIONA se remontan a 1928, cuando el flamante ingeniero de caminos José Entrecanales Ibarra –abuelo de José Manuel Entrecanales, actual presidente de ACCIONA–, conoció a Manuel Távora, un constructor sevillano con el que fundaría tres años más tarde Entrecanales y Távora.

Con el paso de los años, el grupo se convertiría en todo un referente en la construcción de grandes infraestructuras de calidad en la España de la época. Carreteras, puentes, obras marítimas, hidráulicas y ferroviarias, edificación, hospitales, colegios... figuraban en su cada vez más abultada cartera de proyectos.



Desaladora de Tampa

Sus elevados estándares de calidad y avanzadas técnicas constructivas le granjearon paulatinamente gran prestigio dentro y fuera de España. Eso le permitió acceder año tras año a nuevos mercados internacionales en los que demostrar el cada vez más alto nivel de la construcción española.

El 10 de enero de 1970, en una Junta General Extraordinaria de la compañía, José Entrecanales presentó su dimisión por motivos de edad. Su hijo y también ingeniero de caminos, José María Entrecanales de Azcárate, le sucedió como director gerente de la empresa y su otro hijo varón, Juan –ingeniero industrial– accedió al cargo de gerente adjunto. José María Entrecanales amplió la actividad de la empresa

al campo de la ingeniería y la arquitectura y se convirtió en pionero en España en la aplicación de soluciones innovadoras en la construcción.

En poco tiempo, Entrecanales y Távora se consolidó como un referente nacional e internacional en el campo de las infraestructuras, expandiendo sus operaciones a diferentes países de Asia y América Latina. Obras como el puente de Ting Kau de Hong Kong, el proyecto integral de regadíos de Perú o la mencionada restauración de la Estatua de la Libertad fueron algunos de sus principales logros internacionales en aquel momento, un despegue que ha permitido a ACCIONA estar presente en más de 65 países a lo largo de su historia.

José María Entrecanales convirtió su empresa en una de las primeras constructoras del país, especializándose en proyectos técnicamente complejos o de gran singularidad

2 Una fusión histórica

En 1861 se había fundado MZOV (Compañía de los Ferrocarriles de Medina del Campo a Zamora y de Orense a Vigo). En 1916 se fundó Cubiertas y Tejados, cuyo nombre reflejaba su prestigio en esa especialidad, aunque ya realizaba otras construcciones industriales. El 2 de octubre de 1978, nació Cubiertas y MZOV, fruto de la fusión entre ambas, considerada entonces como una unión natural debido a su complementariedad y al gran número de destacados proyectos que ambas empresas habían trabajado conjuntamente.

En 1996 –de la fusión de Entrecanales y Távora con Cubiertas y MZOV– surgió Necso (Nueva Entrecanales, Cubiertas, Servicios y Obras).

La operación suponía juntar en una sola, empresas altamente complementarias. Entrecanales representaba la excelencia técnica, que tradicionalmente se había ocupado de obras de gran tamaño y complejidad, con gran valor añadido, principalmente contratadas por las administraciones centrales; con una estructura de dirección y un accionariado totalmente familiar y no cotizada en bolsa. Cubiertas, por el contrario, era una empresa que cotizaba desde 1983 y poseía una presencia destacada en negocios fuera de la construcción, con una

dinámica política comercial y una elevada cartera de clientes.

El tamaño, la cuota de mercado, la diversificación y la presencia internacional se convirtieron en las señas de identidad de la nueva empresa, antecedente directa de la actual ACCIONA.

3 Una gran corporación industrial

Siete años después de la muerte de José Entrecanales, el 28 de abril de 1997, nació lo que hoy conocemos como ACCIONA, con los hermanos José María y Juan Entrecanales de Azcárate como presidente y vicepresidente. Dentro del grupo, Necso, Entrecanales Cubiertas SA (transformada en ACCIONA Infraestructuras en octubre de 2005) era la firma que canalizaba la actividad constructora.

En sus años al frente del grupo, José María Entrecanales convirtió su empresa en una de las primeras constructoras del país, especializándose en proyectos técnicamente complejos o de gran singularidad y diversificando sus actividades, adelantándose a sus competidores, con inversiones en energías renovables, telefonía, *handling*, tratamiento de residuos, gestión de aguas, etc.

El 26 de abril de 2004 se celebró la Junta general de Accionistas de ACCIONA en la que se aprobó el cambio generacional en la dirección de la compañía. José Manuel Entrecanales Domecq, hijo de José María Entrecanales, fue nombrado presidente, mientras que Juan Ignacio Entrecanales Franco, hijo de Juan Entrecanales, se convirtió en vicepresidente. En ese momento se inicia la transición de la empresa hacia los puntales de crecimiento que caracterizan su presente: infraestructuras y energía. En 2005, justo el año en el que comenzó su definitiva andadura en territorio norteamericano, ACCIONA cambió su imagen y estrategia de marca desarrollando el logo con el que se la conoce en la actualidad.



Parque eólico San Román, en Texas.

4 *Los pilares de Acciona*

A través de sus obras, ACCIONA incorpora hoy en día unos principios de actuación basados en construir y ofrecer soluciones que procuren el acceso a servicios básicos de infraestructuras, energías limpias y agua para responder a las nuevas necesidades del planeta y contribuir de esta forma al progreso de las sociedades.

En este sentido, ACCIONA ha identificado cinco pilares para liderar la transición hacia un modelo económico libre de carbono y así mejorar las condiciones de vida de las personas: sostenibilidad, mitigación, adaptación, resiliencia y transformación. Cinco principios de actuación que se resumen en el acrónimo S.M.A.R.T.

Sin sostenibilidad el progreso será sencillamente imposible; la empresa participa activamente de un esfuerzo colectivo de mitigación de los efectos nocivos del calentamiento global y desarrolla iniciativas que favorecen la adaptación de la humanidad a las consecuencias del cambio climático; además, contribuye a dotar a las comunidades en las que opera de la resiliencia necesaria para enfrentarse a estos retos; y, finalmente, responde a estos desafíos con un objetivo claro: la transformación del mundo en un planeta más equilibrado y seguro.

5 *Estados Unidos, un gran mercado*

A partir de estos principios, ACCIONA se ha convertido en una compañía cada vez más internacional y Estados Unidos en uno

de sus mercados estratégicos, un proceso liderado por José Manuel Entrecanales, quien asumió en 2015 la presidencia de la Fundación Consejo España-Estados Unidos como una prueba más del interés de la compañía por el país.

Recientemente, el presidente de ACCIONA tuvo ocasión de intervenir en la ceremonia de inauguración del parque eólico San Román (Texas), el octavo de la compañía en Estados Unidos tras doce años de presencia en el sector energético nacional. San Román cuenta con una instalación de 93 MW, con el que ACCIONA ha alcanzado ya los 721 MW eólicos operativos a lo largo de todo el país. Situado cerca de Brownsville, al sureste del estado tejano, y operativo desde finales del pasado año, San Román produce energía libre de emisiones equivalente al consumo de unos 30.000 hogares de la zona.

En Estados Unidos, además, ACCIONA dispone de tres parques eólicos en Oklahoma (Red Hills, Big Smile y Blue Canyon) que suman 329 MW, dos en las Dakotas con 192 MW (Tatanka y Velva), uno en Illinois de 101 MW (Ecogrove) y otro pequeño, de 6MW en Iowa (Pioneer Grove). Tatanka, operativo desde 2008, supuso para ACCIONA la construcción de su primera gran instalación en Estados Unidos –Ecogrove, mucho más pequeño, es de 2005– en un territorio entre dos estados caracterizado por sus duras condiciones invernales y su aislamiento geográfico. El esfuerzo mereció la pena; el parque produce energía limpia equivalente al consumo de unos 60.000 hogares y evita anualmente unos 550.000 toneladas de CO2 del millón y medio que evita ACCIONA en conjunto con todas sus instalaciones estadounidenses.

ACCIONA cuenta asimismo con Nevada Solar One (NSO), una planta termosolar de 64 MW en el desierto y un auténtico hito en su momento. Tiene una producción media anual de 136 GWh, equivalente a la demanda de unos 15.000 hogares. Para ello utiliza 760 captadores solares

cilindro-parabólicos y 182.000 espejos. Así se evitan 129.000 toneladas de CO2 al año, el equivalente a las emisiones de 20.000 automóviles.

NSO representó en su momento el resurgimiento de una tecnología, la termosolar, llamada a jugar un papel significativo en el sistema energético estadounidense y en amplias zonas del mundo con recurso solar abundante. Fiel a su filosofía de ser pioneros en desarrollo y sostenibilidad, cuando ACCIONA conectó a red en el desierto la NSO, dicha instalación era la primera que se construía en el mundo en más de 19 años, tras las que se habían levantado en el desierto de Mojave a comienzos de los años 90 en plena crisis del petróleo.

ACCIONA también acredita una destacada experiencia en el sector del agua. Construyó y opera la planta desaladora de aguas residuales de Tampa, la más grande de Estados Unidos, que suministra a un total de 2,5 millones de personas produciendo 108.000m3 de agua al día. De hecho, está diseñada para proveer al menos el 10% del agua que se consume en la región de la bahía de Tampa. La obra, obtuvo el premio Global Water Intelligence 2008 como la mejor desaladora del año, en reconocimiento al avance tecnológico más representativo en la industria de la desalación.

Los proyectos de toda índole que la compañía está desplegando desde hace años por todo el país llegan incluso al estado asociado de Puerto Rico. ACCIONA diseñó y desarrolló una parte importante del tren metropolitano de la ciudad de San Juan.

Muchos proyectos y muchas historias que contar... Desde aquellos inicios en los que se participó en la rehabilitación de la emblemática Miss Liberty han pasado ya algunos años. Los suficientes para que ACCIONA se haya convertido en un destacado actor en el sector energético y de infraestructuras y albergue grandes esperanzas de seguir creciendo en un mercado tan atractivo y lleno de oportunidades como es Estados Unidos.



Ha sido embajador de España ante la CSCE/OSCE, ante la OTAN y ante los Estados Unidos. Fue subsecretario general de las Naciones Unidas en el puesto de director ejecutivo del Comité Antiterrorista del Consejo de Seguridad. Fue presidente de la Internacional Demócrata Cristiana y de la Democracia Cristiana de España. Ha formado parte de los equipos directivos de la UCD y del PP, habiendo sido diputado y senador en las Cortes Españolas durante más de veinte años. Fue presidente de las Comisiones de Asuntos Exteriores y de Defensa del Congreso de los Diputados.

Su firma aparece regularmente en varios medios de comunicación españoles y ha publicado varios libros. Mantiene una variada actividad en el sector público y en el privado tanto en Estados Unidos como en España. Actualmente es *Senior Adviser* del programa europeo del Center for Strategic and International Studies (CSIS) en Washington DC y *Senior Fellow* del Center for Cyber and Homeland Security en la George Washington University. Pertenece al Consejo Asesor del Hispanic Council y es académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Preside la consultora Ruperez International.

Javier
Rupérez

Diplomático, político y
escritor.



DONALD J. TRUMP Y EL MUNDO: una relación conflictiva

Javier Rupérez

No hace falta recordar el estupor, la incredulidad y el asombro con el que amplios sectores de la población americana, y ciertamente una muy buena parte de la opinión pública mundial, recibieron la noticia de que el millonario americano Donald J. Trump había sido elegido presidente de los Estados Unidos de América el 8 de noviembre de 2016. Los círculos habituales de la política y de los medios de comunicación habían primero descartado que pudiera llegar a obtener la candidatura del Partido Republicano para las elecciones presidenciales. Era efectivamente una figura estrambótica en el conjunto de la docena y medio de aspirantes que, en menor o mayor medida, exhibían credenciales de conocimiento y experiencia en la cosa pública que no admitían comparación con las inexistentes del rico y evidentemente vulgar hombre de negocios neoyorkino: hacía ostentación sin pudor de un lenguaje elemental que no excluía el insulto a sus competidores cuando no el abierto o velado

desprecio por amplios sectores de la población: inmigrantes, mujeres, musulmanes, afroamericanos. Al que se sumaba el mostrado contra los medios de comunicación que le trataban con hostilidad o simplemente con reticencia. Les llegó a calificar como “el mayor enemigo del pueblo americano”. Pero supo navegar con habilidad y contundencia el mar de las primarias para hacerse, contra todo pronóstico, con la candidatura del Partido Republicano a la presidencia del país.

Los mismos y muchos que habían predicado la imposibilidad de que Trump se hiciera con la candidatura presidencial auguraron con la misma convicción que un personaje de tales características nunca podría llegar a la Casa Blanca. El paso en falso dado por los republicanos al elegirle, pensaban, sería inexorablemente corregido por la elevación a la suprema magistratura de la candidata demócrata Hillary Clinton, que en el imaginario de su partido estaba destinada a ser coronada, más que elegida, con el



Donald Trump durante la campaña.

éxito que la mayoría ciudadana habría de otorgarle. Ciertamente era que la candidata Clinton había resultado menos atractiva de lo que sus partidarios y conmlitones habían pensado, viéndose sometida primero a la exitosa campaña populista del senador independiente Bernie Sanders, que a punto estuvo de descarrilar sus propias opciones de triunfo en el proceso de las primarias, y luego de varias maneras vapuleada por sus descuidos y errores personales en los tiempos en que desempeñaba la Secretaría de Estado bajo Barack Obama. Pero la persistente sabiduría convencional, aun reconociendo las insuficiencias de la que en otros tiempos fuera primera dama nacional, daba por adquirido que Trump no podría nunca verse reconocido como el Jefe de Estado del país más poderoso del mundo. Y sin embargo lo fue cuando el cómputo del colegio electoral le concedió 304 compromisarios contra los 227 que había obtenido la ex senadora por Nueva York. Bien es cierto que en el cómputo global del voto Hillary había rebasado ampliamente el resultado

de Trump: 65.845.063 millones de votos frente a los 62.980.160 del candidato republicano, una diferencia de casi tres millones de votos –2.864.903, para ser exactos–. La mayor diferencia nunca obtenida en las elecciones americanas cuando se produce la situación en la que el ganador en el colegio electoral no lo es en el voto popular. Pero la regla era bien conocida: al presidente lo inviste el colegio electoral, no el voto popular. Y frente a todo pronóstico y con altas cantidades de perplejidad dentro y fuera del país, Donald J. Trump, era el nuevo presidente de los Estados Unidos.

Tanto durante el largo periodo de las primarias como luego, ya en la campaña electoral directa, Trump había utilizado recursos populistas elementales articulados en torno a una simple proposición: “Make America Great Again”, la necesidad de recuperar la supuestamente perdida grandeza americana. El corolario inevitablemente se reducía a dos palabras: “America First”, lo primero es América. Y en el intermedio una letanía de desgracias: la

inmigración, fundamentalmente de los “malos hombres” mejicanos, está incontrolada; el terrorismo de raíz islamista acecha gravemente la seguridad del país; los aliados de los Estados Unidos han estado aprovechándose de su poderío sin pagar nada a cambio; China se beneficia de la benevolencia comercial americana; el interior de las ciudades americanas, las *inner cities*, está corroído por la violencia y la pobreza; las infraestructuras del país se están desmoronando; la OTAN es una organización “obsoleta” y la Unión Europea un competidor desleal de los Estados Unidos; las manufacturas industriales americanas se han instalado en el extranjero, produciendo miseria y desempleo en amplios sectores del país; el sistema sanitario introducido por la Administración Obama es un desastre; Washington es un nido de corrupción, una charca maloliente que hay que drenar. Las soluciones –el *beautiful* muro en la frontera con México, la confrontación con la China “manipuladora” de divisas, la recuperación del tradicional tejido industrial, las medidas drásticas contra el terrorismo islamista...– tienen unos pocos comunes denominadores: nacionalismo, aislacionismo, proteccionismo, autoritarismo. Era la primera vez que un candidato a la presidencia de los Estados Unidos llegaba a ocuparla con un mensaje diferente al liberal internacionalista que, con todos sus matices, había marcado la trayectoria del país al menos desde el final de la II Guerra Mundial. El llamado “orden liberal”, al que de diversas maneras habían prestado acatamiento los rectores de la política estadounidense desde 1945, quedaba radicalmente en entredicho. Hasta el extremo en que el millonario/candidato no había tenido el menor empacho en conceder al presidente ruso Vladimir Putin las credenciales de líder fiable y poderoso que negaba, dijo, al que todavía era presidente de los Estados Unidos, Barack Obama. No cabía mayor renuncia expresa al “orden liberal” y a sus representantes. Pero el hecho evidente es que ese mensaje, en su clave interna, había suscitado la adhesión de suficientes sectores en el centro y en sur de la geografía norteamericana como para consagrar lo impensable: Trump en la Casa Blanca. Un

Era la primera vez que un candidato a la presidencia de los EE.UU. llega con un mensaje diferente al liberal internacionalista que había marcado la trayectoria del país al menos desde el final de la II Guerra Mundial

personaje que para entusiasmo de unos y desánimo de otros, había trasladado a la opinión pública un incontenible deseo de notoriedad, una inmoderada afición a contactar con la ciudadanía a través de los tweets cargados de virulencia y producidos en madrugadas insomnes, una similar tendencia a configurar los hechos según la conveniencia del momento, una irrefrenable capacidad para denigrar al contrario; una incommovible incapacidad para admitir errores propios o para admitir que no todos los cometidos son culpa de los demás. Un personaje, en fin, que a pesar de sus apariencias no conseguía disipar la duda profunda sobre su estructura: ¿no sería, al fin y al cabo, la encarnación de una permanente inseguridad, de una configuración cuasi adolescente, de un precipitado en el que en porcentajes similares se mezclaban la osadía con la ignorancia?

En el curso de su carrera hacia la Casa Blanca, y ante la manifiesta heterodoxia de sus planteamientos y de su conducta, cuya aceptación, dicho sea de paso, no ha disminuido un ápice en la comunidad de sus partidarios, analistas ilustrados y ciudadanos bienintencionados quisieron pensar, y así lo mantuvieron, que los pasos que acercaban al candidato Trump hacia la presidencia le harían



sentir el peso de la realidad responsable, moderando con ello sus extremismos e impartiendo un acelerado curso de entrenamiento en la teoría y en la práctica del poder político. En realidad no hubo distinción notable en el tránsito de las primarias a la campaña general. Y cuando llegó el momento de jurar el cargo, el 20 de enero de 2017, con el trasfondo majestuoso del Capitolio washingtoniano, el ya presidente Trump pronunció un discurso tan vociferante como plano en el que se limitó a reiterar los eslóganes de la contienda electoral, culminando con la repetición ritual del “America First”. Al menos, y hasta ese momento, no se le podía acusar de inconsistencia, aunque el discurso, a diferencia del contenido que los elegidos han venido introduciendo en ese solemne momento, era una nueva llamada a la enfervorizada base que le había elegido y no una convocatoria a la unidad de la nación. Quedaba todavía por ver si ya instalado en la mansión presidencial el juego de los *checks and balances* entre instituciones, tan sabiamente recogido en la Constitución americana y tan alabado por tirios y troyanos, y la misma fuerza mostrenca del ser de las cosas harían que su programa de máximos populistas tuviera que ser contrastado con la criba de lo posible.

Y Donald J. Trump, que llegó a la Casa Blanca con prisas para hacer cumplir sus promesas y sin mucho conocimiento sobre la mejor manera para lograrlo, ha debido hacer frente a los factores de contrapeso a sus impulsos. Quiso, ya en las primeras horas de su desempeño, imponer limitaciones drásticas para la entrada en el país de ciudadanos de algunos países de mayoría musulmana –Irán, Irak, Siria, Sudan, Somalia, Libia, Yemen–. Un juez federal paralizó la medida calificándola de inconstitucional. Al recurso presentado por la nueva Administración introduciendo una versión dulcificada de la norma original, otro juez federal ha respondido con la misma razón de ilegalidad. El intento ha provocado caos e incertidumbre interna y externa y alguna que otra irritación cuando el nuevo fiscal general, al

Donald J. Trump llegó a la Casa Blanca con prisas para hacer cumplir sus promesas y sin mucho conocimiento sobre la mejor manera para lograrlo

frente del Departamento de Justicia, el que fuera temprano partidario de Trump y hasta hace poco tiempo senador por el estado sureño de Alabama, Jeff Beauregard Sessions, quiso descalificar la última de las decisiones judiciales al provenir, dijo, no sin intención menospreciativa, de una “isla en el Pacífico”. La isla en cuestión es el estado de Hawái, uno de los integrantes de la Unión. Algún, aunque todavía provisional, recorrido ha tenido el proyecto dirigido a la derogación del sistema de cobertura sanitaria conocido como el *Obamacare*, por el nombre de su propulsor, aunque una primera versión tuvo que ser apresuradamente retirada de la consideración de la Cámara de Representantes por las divisiones internas de la misma mayoría republicana y cuya segunda versión, que ya ha recibido el visto bueno de los congresistas por una exigua mayoría, espera todavía la incertidumbre de su pase por el Senado. Y de momento está provocando airadas reacciones en las bases republicanas de clase media que estiman perderán con la nueva legislación algunas de las coberturas que les había garantizado la norma demócrata. De éxito rotundo, eso sí, aunque obtenido mediante el retorcimiento de las prácticas senatoriales, puede ser calificada la confirmación como magistrado del Tribunal Supremo, en sustitución del fallecido miembro conservador Antonin Scalia, del jurista de la misma convicción Neil Gorsuch. Con ello queda garantizada la mayoría conservadora –5 a 4– del alto tribunal. Muchas de las demás propuestas programáticas tienen marcado un compás de espera: el “muro” que iba a pagar México ha quedado convertido en “valla”



Carol McDonald, Planned Parenthood, encabeza una manifestación en Washington,

sometida a recortes presupuestarios; la reforma fiscal existe solo en forma de breve borrador en el que se perfila una drástica reducción de impuestos sin saber todavía si los beneficiados serán los pudientes o los que no lo son tanto y abriendo una duda sistemática sobre la pérdida de recaudación y el consiguiente riesgo de aumento exponencial de la deuda; nada se sabe de momento de la anunciada y gigantesca inversión en infraestructuras; e incluso en el debatido tema de la financiación de “Planned Parenthood”, institución que tiene entre sus actividades la de practicar abortos, la Administración ha tenido que admitir, por bien de la aprobación presupuestaria y la evitación del cierre gubernamental, la continuación de las ayudas. Y

en un terreno en el que algunos ortodoxos republicanos coinciden con sus congéneres demócratas, y en el que se dan la mano los populismos de ambos lados, cual es del la libertad de comercio, los afanes proteccionistas presidenciales están dejando sus huellas: los Estados Unidos se han retirado del Trans-Pacific Partnership (TPP), han anunciado su voluntad de renegociar el contenido del North Atlantic Free Trade Agreement (NAFTA), han mostrado su falta de interés en las negociaciones para finalizar el Transatlantic Trade and Investment Partnership (TTIP) entre los Estados Unidos y la UE, y han puesto de relieve los supuestos o reales desequilibrios que existen en sus relaciones económicas con países aliados tan significativos



como Corea del Sur, Japón, Canadá, Alemania o Australia. En todo ello ha tenido una participación visible y estentórea el propio presidente Trump, que bien puede apuntarse otro éxito: el que una mayoría de republicanos y demócratas en el Senado hayan aprobado el nombramiento de Robert E. Lighthizer, un conocido crítico de los acuerdos multilaterales de comercio desde los tiempos de Roland Reagan, como nuevo US Trade Representative. De momento ya sabemos que Trump ha anunciado, y en ello no hace más que cumplir con amenazas y promesas avanzadas durante la campaña electoral, su decisión de retirar a los Estados Unidos del Acuerdo de París sobre el cambio climático. Para ello ha utilizado la “Congressional Review Act” de 1996, una norma raramente aplicada en ocasiones anteriores y que permite al Congreso rechazar normas federales adoptadas recientemente por la anterior Administración. Conocido de sobra es el generalizado coro internacional de perplejidad y condena que el anuncio ha suscitado. En ese mismo espíritu desregulatorio, que indudablemente cuenta con calurosos partidarios en el ámbito del republicanismo libertario en los Estados Unidos y en otras partes del mundo, y utilizando la misma normativa, Trump ha firmado el rechazo a una norma de Obama que prohibía la venta de armas a los discapacitados psíquicos; ha levantado las prohibiciones existentes para que las compañías privadas con relaciones con el sector público se vean obligadas a informar sobre previos litigios laborales; ha revocado la norma que exigía a las compañías petrolíferas informar de sus pagos a los Estados Unidos y a gobiernos extranjeros; ha revocado asimismo las limitaciones existentes para que los demandantes de empleo sean sometidos a un control de drogas; ha derogado el conjunto de normas que protegían la comunicación de datos privados de los consumidores a los proveedores de Internet. En todo ello Donald J. Trump, que nunca en sus encarnaciones anteriores fue conocido por sus convicciones conservadoras, ha mostrado la firmeza de sus nuevas o renovadas ideas, entre las

cuales se encuentra naturalmente la visible tendencia de favorecer sin demasiadas cortapisas al sector financiero de la economía, al tiempo que experimentaba en sus propias carnes las limitaciones del oficio: existe el poder judicial, existe el poder legislativo y frente a ellos el ejecutivo debe aprender a tener en cuenta las limitaciones que la división de poderes comporta. Queda todavía por comprobar si la relación institucional estará marcada por la confrontación o por la colaboración. Es evidente que Trump no rehúye la primera, convencido como está de situarse por encima de la ley al afirmar que “el presidente de los Estados Unidos no puede tener un conflicto de intereses”.

Es con todo en el terreno de la política exterior donde la presidencia Trump, seguramente como consecuencia de la ignorancia sumada a la improvisación, está mostrando un carácter preocupantemente errático. Las manifestaciones del candidato Trump al respecto no habían podido ser más explosivas: México debería pagar la construcción del muro; China era un peligroso manipulador de divisas; Rusia debería ser un aliado; la OTAN estaba “obsoleta”, y sus integrantes deberían hacer frente a los costes de la defensa común; la UE resultaba sospechosa y alguno de sus más calificados miembros, como Alemania, merecía precauciones; el Brexit británico era bienvenido y alentados los miembros de la UE a seguir su ejemplo; los Estados Unidos se ocuparían de su propia defensa sin participar en la seguridad del resto del mundo, bien que aumentando los presupuestos del Pentágono de manera significativa; al tiempo, se han reducido de manera no menos significativa los presupuestos y los medios del Departamento de Estado, en particular en las partidas destinadas a la cooperación al desarrollo; los derechos humanos como exigencia y como aspiración han desaparecido del vocabulario habitual de la diplomacia de EE.UU. mientras la presidencia recibe y acoge con parabienes las relaciones con los autócratas, sean de Egipto, Filipinas, Rusia o incluso Corea del Norte. Bien es cierto que para tranquilidad de los realistas y consuelo para los



Donald Trump junto a Theresa May y el Secretario General Jens Stoltenberg durante la Cumbre de la OTAN en Bruselas en mayo de 2017.

partidarios de la continuidad Trump en este terreno no ha tenido el menor empacho en “decir digo donde dijo Diego”, bombardeando Siria en represalia por la utilización de armas químicas, y aprovechando para recordar con razón que Obama había sido incapaz de poner en práctica el respeto que con “líneas rojas” había anunciado en este terreno; establecer según parece firmes vínculos de amistad con el presidente chino, con el que llegó a compartir “el mejor pastel de chocolate”; declarar extinta la política de “paciencia estratégica” con la nuclearizada Corea del Norte, aunque no se sepa bien si ello traerá consigo una confrontación bélica o el retorno a las indecisiones de Administraciones anteriores; desplegar tropas sobre el terreno en Afganistán, tras bombardear un reducto talibán con una gigantesca bomba, la “madre” de todas ellas. Los que por disentir de Obama creyeron encontrar refugio y razón en Trump han acogido con alivio esas manifestaciones de contundencia, sin reparar quizás que no parecen tener continuidad ni

diseño estratégico, que acentúan la imprevisibilidad de los comportamientos del país entre socios y aliados sin por ello atemorizar a los enemigos o adversarios y que son fuente inagotable de incertidumbre sobre el comportamiento de la potencia que hasta ahora se había distinguido precisamente por su alto grado de coherencia. Lo más parecido a una declaración programática de política exterior que la Administración Trump ha producido hasta el momento se encuentra en la alocución pronunciada en el Departamento de Estado el 3 de mayo de 2017 por su titular, el que fuera CEO de Exxon Mobil, Rex Tillerson y cuya filosofía se reduce a situar los intereses por encima de los *values*, los principios, en estricta aplicación del paradigma trumpiano del “America First”. Del texto, y más allá de recordar que los miembros de la OTAN deben cumplir con sus obligaciones económicas, ha desaparecido por completo cualquier mención a Europa.



Señalan los incondicionales la calidad de los integrantes de equipo que Trump ha elegido para ocuparse de los temas de la seguridad nacional —el general James Mattis como Secretario de Defensa, el general Herbert Raymond McMaster como Consejero Nacional de Seguridad y el general John Kelly como Secretario de “Homeland Security”, nuestro Ministerio del Interior—. De manera quizás inconsciente lo hacen no tanto para subrayar las incuestionables calidades de los elegidos, todos ellos militares, sino para destacar que al menos en ese terreno Trump ha sabido elegir adecuadamente. Y es que el doloroso y desquiciado proceso que ha seguido Trump para la selección de sus inmediatos colaboradores en la Casa Blanca y en los puestos de responsabilidad en el resto de la Administración hace inevitable que los que desean su éxito se aferren al menos a esas personas de comprobada fiabilidad. Aunque con ello, admiten, haya que contemplar una desconocida invasión militar en puestos hasta ahora normalmente ocupados por civiles. Pero el catálogo de perplejidades o despropósitos es notable: el que fuera en primer lugar elegido para encabezar el transcendental puesto de Consejero Nacional de Seguridad, el también general Michael Flynn, debió de ser cesado a los veinticuatro días de jurar su cargo al descubrirse que había mentido al vicepresidente Pence sobre sus relaciones con diplomáticos rusos; la dirección de la estrategia ideológica estaba al tanto, y todavía parece estarlo, en manos de un fundamentalista conservador llamado Steve Bannon según parece dedicado a predicar la necesidad de destruir el sistema para proceder a su revitalización; la hija mayor de Trump, Ivanka, y su marido, Jared Kushner, ambos dedicados a diversas actividades comerciales y financieras, ocupan sendos despachos en la Casa Blanca como asesores de respectivamente su padre y suegro; los responsables de la estrategia de comunicación de la presidencia, Sean Spicer y Kellyanne Conway han convertido la relación con los medios de comunicación en un campo de batalla donde escasean los datos y abundan lo que la segunda llegó a calificar de “realidades alternativas”.

El que fuera en primer lugar elegido para encabezar el transcendental puesto de Consejero Nacional de Seguridad, el también general Michael Flynn, debió de ser cesado a los veinticuatro días de jurar su cargo al descubrirse que había mentido al vicepresidente

Y la larga serie de conflictos conocidos o latentes que desde el principio han aquejado a la presidencia Trump han tenido ya una temprana y escandalosa manifestación en el abrupto cese del director del FBI Jim Comey decidido por el presidente cuando el Congreso, las agencias de seguridad e inteligencia, la opinión pública y ciertamente los medios de comunicación seguían atentamente las revelaciones sobre la posible interferencia del gobierno Putin en las elecciones de 2016, que según acababa de reconocer Hillary Clinton, habían sido causa importante en su derrota electoral, y las consiguientes sospechas de colusión entre los intereses rusos y miembros de los equipos electorales de Trump. En particular, y además de Michael Flynn, están siendo interrogados al respecto Paul Manafort, Carter Page y Roger Stone. Sin olvidar que el propio Jeff Beauregard Sessions, Attorney General y responsable del Departamento de Justicia, debió recusarse en el seguimiento de las investigaciones sobre el tema al saberse que él también había tenido contactos con diplomáticos rusos. El cese

fulminante del director del FBI, tras afirmar en una comparecencia en el Senado que su organización estaba activamente prosiguiendo las investigaciones sobre el caso, han suscitado inmediatamente el paralelismo con el presidente Richard Nixon cuando en octubre de 1973 ordenó el cese del fiscal especial que estaba investigando su participación en el escándalo del Watergate con la finalidad de impedir la continuación de sus indagaciones. Como es bien sabido y recordado, aquello acabó en un proceso de *impeachment* interrumpido por la dimisión del presidente. La palabra recorre hoy con velocidad los medios políticos, informativos y sociales americanos en una atmósfera cargada de perplejidad, asombro y curiosidad ante lo ocurrido y ante lo que queda por ocurrir.

Decir con todo ello que la era Trump está preñada de incógnitas constituye la simple declamación de lo obvio. Había sido moneda corriente entre propios y ajenos, sobre todo aquellos que se situaban en la órbita del mundo occidental, el mantener con los Estados Unidos las mejores relaciones que los tiempos permitían y las circunstancias aconsejaban, en el entendimiento que el margen necesario de colaboración se habría de producir habitualmente en un marco conocido y experimentado. Ello se aplicaba tanto a las administraciones demócratas como a las republicanas, con independencia de cuales fueran las respectivas inclinaciones ideológicas. Ello hoy está abiertamente entredicho. Un tweet de un presidente irritado e insomne puede cambiar la historia del mundo. Sus detractores le negarán sistemáticamente el pan y la sal mientras sus seguidores, posiblemente menos inconsútiles de lo que eran hace algunos meses, procurarán por todos los medios resaltar sus aciertos y denigrar a los que tienen como deporte tenderle permanentemente trampas saduceas. Alguna razón les asiste: no todo tiene porque ser un desastre sin paliativos y, como dicen los del refranero inglés, *even a broken clock is right twice a day*, incluso un reloj parado acierta dos veces al día. Pero Trump pertenece a otra categoría en donde las derivas personales, los vacíos de información, la indefinición ideológica, la falta de experiencia y el desconocimiento de la

historia crean condiciones que sin exageración alimentan revuelo y alarma. Sobre todo cuando el personaje en el que concurren tan resbaladizas condiciones es el presidente de los Estados Unidos de América. Que sigue siendo a todos los efectos el mismo que en una ya lejana ocasión en el año 2015, cuando comenzaban los debates sobre las elecciones primarias republicanas, criticando a una periodista que se había mostrado crítica con sus manifestaciones, Meghan Kelly, dejó entrever que las razones había que buscarlas en la menstruación de la interrogadora. Los castizos habituales dirían “que Dios nos coja confesados”.

Trump y el mundo: una pequeña coda

La era presidencial de Trump tiene entre sus principales características la de generar continuamente ruido y furia. Su seguimiento necesitaría no ya la puntualidad de la prensa diaria sino más bien el análisis pormenorizado que minuto a minuto reciben en nuestro tiempo los productos que circulan entre las llamadas “redes sociales”. No en vano el Presidente de los Estados Unidos se ha convertido en un virtuoso del “tweet”. Parecería por ello que las líneas que anteceden a esta coda, escritas hace unas pocas semanas, han quedado desplazadas en el tiempo y superadas por los acontecimientos. Y ello es así y a las páginas de los sucesos que Trump genera me remito. Pero no querría con ello dejar sombra de duda sobre la que mantengo, e incluso profundizo, como validez en el análisis: los de Trump no son en absoluto los mejores tiempos que en los últimos setenta años han vivido los Estados Unidos. Sus acciones siguen siendo romas en lo doméstico y carentes de coherencia en lo internacional. La continuación de sus políticas desembocaría en la destrucción de los consensos que han hecho de los EE.UU. un elemento básico de la estabilidad mundial. Grave sería que en la perplejidad y en la incertidumbre que generan se perfilara la reescritura de un clásico al que solo habría que cambiar de protagonista. Ahora se llamaría “Historia de la decadencia y caída del Imperio Americano”.



Vicente
Vallés

Licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado en las cadenas nacionales de televisión más importantes como Cadena Ser, TVE, Telemadrid, Telecinco y Antena 3, en la que trabaja en la actualidad. Autor de *Trump y la caída del imperio Clinton*, editado por La Esfera de los Libros en 2017.

Vicente Vallés está especializado en información política nacional, aunque también ha cubierto, entre otros acontecimientos internacionales, todas las elecciones presidenciales de Estados Unidos desde 1992. Es profesor en tres másteres de periodismo televisivo, y da cursos de forma habitual en diversas universidades. Vicente recibió en 2006 el premio del Club Internacional de Prensa. En 2009 fue galardonado con el premio Salvador de Madariaga, que concede la Asociación de Periodistas Europeos. En 2010, su programa La noche en 24 horas fue premiado por la Agrupación de Telespectadores y Radioyentes (ATR).

Director y
presentador de
Antena 3 Noticias 1.



EL IMPEACHMENT LATENTE

Vicente Vallés

Ningún cargo político se había atrevido hasta entonces a pronunciar la palabra impronunciable: la palabra I, la *I-word*, ese vocablo que de forma automática dibuja en la mente la imagen de Nixon aquel 9 de agosto de 1974, subiendo la escalerilla del helicóptero Marine One posado sobre el verde jardín sur de la Casa Blanca, volviéndose hacia el personal que había trabajado para él, elevando los brazos al cielo y haciendo el signo de la victoria con sus dos manos. ¿Victoria? ¿Qué victoria? Era la escena de un presidente elegido en las urnas, pero expulsado de sus funciones, precisamente, por la fuerza de las instituciones democráticas, en el uso de las leyes del Estado de derecho. Y, sin embargo, a Nixon nunca se le llegó a aplicar formalmente la *I-word*. Dimitió antes de que el Congreso pudiera hacerlo. Porque iba a hacerlo. Pero, 43 años después, el 17 de mayo de 2017, un arrojado miembro de la Cámara de Representantes se dejó llevar por la audacia, se

acercó al atril con gesto grave y, sin mirar papel alguno, lanzó la *I-word* ante el micrófono que llevaría su discurso a los oídos de sus compañeros de escaño, y a todos los ciudadanos de Estados Unidos a través de la televisión. Al Green, representante del noveno distrito de Texas, de 69 años y de raza negra, dijo *impeachment*: “Señor presidente de la Cámara, hoy pido la palabra para solicitar el *impeachment* (el proceso de destitución) del presidente de los Estados Unidos de América por obstrucción a la justicia. No hago esto por motivos políticos. Lo hago porque creo en los grandes ideales sobre los que se fundamenta este país: libertad y justicia para todos, y la noción de que debemos tener un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Lo hago, señor presidente de la Cámara (y aquí el congresista levantó con firmeza la mano derecha apuntando con su índice al auditorio), porque en este país creemos que nadie está por encima de la ley, y eso incluye al



Al Green, representante del noveno distrito de Texas en Washington

presidente de los Estados Unidos de América”. El representante Green fue el primer político en pronunciar la palabra *impeachment* en público. Otros muchos lo habían hecho ya en privado. Y, por supuesto, las doce letras que la conforman llevaban ya días revoloteando en artículos de prensa y en tertulias de radio y televisión. Hubo quien, con gran amor por el riesgo, había empezado a especular con la destitución del presidente desde la misma noche del 8 de noviembre, cuando ni siquiera había terminado el recuento de los votos que llevarían a Donald Trump a ocupar el más alto cargo político creado por el ser humano. Era prematuro. Pero si, además, fue premonitorio será algo a compulsar en el futuro.

Igual de prematuras eran las manifestaciones que se convocaron en muchas ciudades de Estados Unidos apenas horas después de la jornada electoral. Manifestaciones a las que asistieron muchos americanos de izquierdas que no habían votado a Hillary por no manchar sus manos con una paleta que incluyera el apellido Clinton, y que ahora

protestaban contra otros americanos que no habían tenido empacho en elegir la papeleta de Trump. Si la izquierda americana hubiera querido evitar la victoria de Trump lo habría tenido fácil. Era suficiente con votar contra él cuando correspondía hacerlo.

Y quienes, contra todo pronóstico razonable, ganaron las elecciones sintieron que había llegado su hora, y no la pensaban desaprovechar. Era el fin de lo que ellos consideran la dictadura progre de lo políticamente correcto, y el momento de imponer una nueva cultura del “digo lo que me da la gana y contra quien me da la gana, sin reparar en la terminología a utilizar”. Quizá por eso, la osadía del congresista Al Green pidiendo el *impeachment* de Trump era intolerable a los oídos de quienes acababan de ganar. Green recibió días después varios mensajes anónimos en su buzón de voz que coincidían en amenazarle con “colgar tu culo negro de un árbol”. Memorias del Ku Klux Klan. El congresista Green tuvo su minuto de gloria en los medios, y después se instaló en el mismo

John Pickering, un juez de New Hampshire, figura en la historia como el primer funcionario al que se destituyó mediante el procedimiento del *impeachment* en 1804

olvido del que había salido salvo, quizá, para los votantes de su circunscripción de Houston. Pero su propuesta no ha dejado de sobrevolar la América política, y amenaza con estar presente en este primer mandato de Trump como si fuera un elemento más del paisaje de esta convulsa y espasmódica presidencia.

1 Artículo II, Sección 4

El proceso de destitución de cualquier alto cargo de la Administración figura en la sección 4 del artículo II de la Constitución de los Estados Unidos. Allí se señalan las conductas reprobables que pueden conducir a su aplicación, y se incluyen todo tipo de delitos dentro de la expresión *high crimes and misdemeanors*. Algunos historiadores han contabilizado una veintena de casos a lo largo de la historia. Sus víctimas han sido presidentes, senadores, miembros del

gabinete o jueces. Y no es fácil que prospere, porque se requiere una mayoría reforzada de dos tercios del Senado. El objetivo de tanta protección es evitar que cualquier alto responsable de los poderes de la República pueda ser removido solo por el capricho de sus oponentes.

John Pickering, un juez de New Hampshire, figura en la historia como el primer funcionario al que se destituyó mediante el procedimiento del *impeachment*. Ocurrió en 1804. Pickering vivía en permanente estado de intoxicación etílica, y el presidente Jefferson consideró que aquello era muy inadecuado para impartir justicia. El juez fue destituido de sus funciones por amplia mayoría, pero eso no evitó que muchos federalistas de la época consideraran que se había aplicado la Constitución sin el rigor debido, porque ser un borracho puede ser éticamente reprochable, pero no es ni un gran ni un pequeño delito: ni *high crime*, ni *misdemeanor*. Pero, ¿debe un borracho ocupar un cargo público? Quizá hubiera sido mejor someter al beodo juez Pickering a la vigésimo quinta enmienda de la Constitución, según la cual el presidente puede ser removido, entre otros motivos, por “no poder desempeñar los deberes de su cargo”. Y cabe casi cualquier causa. Sólo tres veces se ha aplicado esta enmienda, y siempre de forma temporal. La primera, cuando Ronald Reagan estaba convaleciente de los disparos que le situaron entre la vida y la muerte 1987. La segunda y la tercera tuvieron como protagonista a George W. Bush, cuando fue sometido a sendas colonoscopias en 2002 y 2007. Ante tales circunstancias, el poder fue transferido durante horas o días a los respectivos vicepresidentes. Como ya se ha podido comprobar, el juez Pickering no fue sometido a esta normativa porque solo es aplicable a presidentes y, además, la 25ª enmienda fue aprobada en 1967, siglo y medio después de la destitución del alegre magistrado de New Hampshire.

Ahora, el debate se ha reabierto. La discusión ocupa al *establishment* de Washington, y es observada con curiosidad (incluso con impaciencia) en las cancillerías de medio mundo.



¿Ha incurrido ya Donald Trump en alguno de los motivos que pueden conducir a un proceso de destitución en la colina del Capitolio? ¿Ha cometido Trump algún delito? ¿Ha abusado de su poder? ¿Ha ejercido la obstrucción a la justicia? ¿Ha ocultado datos relevantes? ¿Es aplicable la 25ª enmienda por falta de capacidad para ejercer su cargo? Relatar hechos de forma cronológica ayuda, en ocasiones, a aclarar las dudas.

2 La conexión rusa

Donald Trump juró “preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos” a mediodía del 20 de enero de 2017. Sólo 24 días después, el 13 de febrero, el consejero de seguridad nacional, el general Michael Flynn, presentaba su dimisión. Había mentido al vicepresidente Mike Pence y a otros altos cargos de la Casa Blanca sobre sus conversaciones con el embajador ruso en Washington, Sergei Kisliak. Se ha llegado a sospechar, incluso, que Flynn pudiera haber sido chantajado por Rusia. La noticia la había publicado el diario *The Washington Post*. Trump sufría su primera derrota ante esos medios liberales a los que tanto detesta, y a los que acusa de publicar noticias falsas. “Flynn, sé fuerte”, escribió Trump a su exasesor, en un mensaje de móvil que no habrá dejado indiferentes ni a Mariano Rajoy ni a Luis Bárcenas.

El fiscal general Jeff Sessions también está bajo sospecha por su conexión con los rusos, y el Congreso revisaba con lupa cada uno de sus movimientos durante la campaña electoral, cuando el 20 de marzo, el jefe del FBI James Comey informó al Capitolio de que se había abierto una investigación sobre la aparente interferencia de Rusia en las elecciones presidenciales americanas, y su posible conexión con la campaña de Trump.

Semanas después, el presidente dio un paso, cuyas consecuencias aún no han terminado su proceso de desarrollo: destituyó al director del FBI, en plena investigación sobre la

El 18 de mayo se publicó un informe de la inteligencia estadounidense según el cual el equipo de Trump había tenido, al menos, dieciocho contactos con altos funcionarios rusos durante la campaña electoral

trama rusa, las elecciones y el equipo de Trump. Era inevitable recordar la *Saturday Night Massacre* (la masacre del sábado noche) de Nixon, el sábado 20 de octubre de 1973, cuando el presidente ordenó al fiscal general Elliot Richardson que destituyera al fiscal especial Archibald Cox, encargado de la investigación del caso Watergate. Richardson se negó a hacerlo y dimitió. Nixon llamó entonces al vicefiscal general William Ruckelshaus para que despidiera a Cox. Ruckelshaus se negó y dimitió. El presidente llamó por fin al número tres de la fiscalía, Robert Bork, al que nombró fiscal general en ese mismo acto. Bork sí destituyó a Cox.

Quizá Trump recordara la “masacre” ejecutada por Nixon. Quizá, no. Y, de hecho, la destitución se limitó a James Comey. Pero los efluvios nixonianos de la decisión eran inevitables. En especial, cuando días después se supo que Trump había convocado tiempo atrás a Comey para exigirle lealtad. Pero Comey, muy en su papel de alto funcionario con ínfulas de independencia, sólo le prometió honestidad, algo que se le supone al jefe del FBI como el valor a los soldados de reemplazo. Más aún: el 16 de mayo, el diario *The New York Times* publicó que Trump había presionado a Comey para que no siguiera investigando las conexiones de Michael Flynn con Rusia: “Espero que dejes correr esto”, le dijo, como si el presidente fuese



Donald y Melania Trump descendiendo del Air Force One en su llegada a Arabia Saudí.

todavía el CEO de su compañía inmobiliaria, y sus subordinados estuviesen obligados a seguir sus órdenes por encima de la normativa legal.

A partir de ese momento se aceleró la historia de esta presidencia porque, un día después, el ya citado congresista Al Green pronunció por primera vez la palabra *impeachment* en sede legislativa. Sólo 48 horas antes, se supo que el propio presidente de los Estados Unidos, en un ejemplo más de hasta dónde llegan sus capacidades para el cargo, había desvelado secretos oficiales al ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergei Lavrov, en el mismísimo despacho oval. Datos que, en buena medida, procedían de los servicios secretos israelíes. El 18 de mayo se publicó un informe de la inteligencia estadounidense según el cual el equipo de Trump había tenido, al menos, dieciocho contactos con altos funcionarios rusos durante la campaña electoral. Ese mismo día se nombró un fiscal especial para investigar el que ya se conoce como el “Rusiagate”. Así empezó el Watergate, y terminó como bien se sabe.

3 La mano de Melania

En pleno escándalo, Donald Trump trató de coger de la mano a su mujer Melania (sin mucho éxito, como pudo comprobarse por las imágenes de televisión) y embarcó en el Air Force One para su primera gira internacional. Hizo buenos negocios de venta de armamento con Arabia Saudí; trató de calmar a los israelíes por la filtración de secretos a Rusia; tuvo una reunión intrascendente con el liderazgo palestino; se atrevió a romper cualquier protocolo y muestra de buena educación al sentarse antes de que lo hiciera el Papa, en el despacho de Francisco en el Vaticano; humilló a sus socios de la OTAN al exigirles más gasto militar en un discurso de homenaje a las víctimas de la II Guerra Mundial y del 11-S (Trump tiene razón en exigir más inversión en defensa a los demás países, el problema es cómo y dónde debe hacerse



tal apelación); y en Sicilia dejó claro que no coincide en casi nada con sus colegas del G-7. Todo ello fue explicado después por Angela Merkel, con su conocida capacidad de síntesis: consumado el Brexit y consumada la elección de Donald Trump, “los europeos tenemos que tomar el destino en nuestras manos”. Los aliados de antaño siguen siendo de antaño, pero ya son menos aliados.

Trump no había terminado su gira cuando le llegaron a Europa los ecos del nuevo escándalo: el FBI había puesto sus focos sobre Jared Kushner, asesor muy principal del presidente, además de marido de su hija Ivanka. La investigación sobre el “Rusiagate” se acercaba peligrosamente al Despacho Oval, y ya alcanzaba a un miembro de la familia presidencial. La sucesión de acontecimientos inverosímiles ha continuado después, en un arranque de mandato que está resultando tan asombroso como la campaña electoral.

Aún está por demostrar que Vladimir Putin haya diseñado desde los despachos del Kremlin esta compleja maniobra para desvirtuar el sistema político americano y forzar la llegada al poder de un personaje como Donald Trump. Si es obra del líder ruso, solo cabe felicitarle por el éxito de la que sería la más lúcida y provechosa operación de espionaje e inteligencia de la historia. También pudiera ser fruto de la casualidad, pero hay cuentos de hadas más creíbles.

En medio de tanta agitación, Trump sufrió una derrota humillante en el Congreso, cuando su propio partido fue incapaz de reunir el suficiente número de votos (luego corregido parcialmente) como para derripar el sistema sanitario de su predecesor: el *Obamacare*. Volvió a perder cuando algún juez de algún lugar perdido en algún estado de la Unión paralizó con éxito su decreto para impedir la entrada en el país de personas procedentes de varios países de tradición musulmana. Apenas se ha puesto en marcha el proceso para deportar en masa a los inmigrantes sin papeles. Anunció que saca a Estados Unidos del Acuerdo de París sobre el clima, aunque el texto de ese pacto establece que un país firmante sólo puede denunciarlo tres años después de su entrada en vigor, lo que

Aún está por demostrar que Vladimir Putin haya diseñado desde los despachos del Kremlin esta compleja maniobra para desvirtuar el sistema político americano y forzar la llegada al poder de un personaje como Donald Trump

ocurrirá el 4 de noviembre de 2019, y “surtirá efecto al cabo de un año”: el 4 de noviembre de 2020, un día después de las próximas elecciones presidenciales. Pero, eso sí, ha satisfecho los oídos de sus votantes trabajadores de la industria del automóvil de Michigan, o de los mineros de Pennsylvania (“amo a los mineros del carbón”, dijo en su discurso, como si las minas fueran su hábitat natural). Y el Capitolio pone muchos reparos a autorizar el gasto que puede suponer la ampliación del muro en la frontera con México. Solo faltaba que dos fiscales iniciaran trámites judiciales contra Trump, acusando al presidente de violar su juramento de la Constitución por aceptar dinero de gobiernos extranjeros que se alojaron en su hotel de la capital.

4 *El sistema de contrapesos*

El presidente de Estados Unidos tiene mucho poder, pero no tiene todo el poder. El sistema de contrapesos (*checks and balances*), del que tanto se enorgullecen los constitucionalistas americanos, soporta, por el momento, las investidas del hombre que prometió derripar el *establishment* político. Pero queda por delante mucho mandato.



Un minero de carbón estrecha la mano del presidente Trump, mientras se prepara para firmar la Resolución 38

Los más impacientes mantendrán su ensoñación de ver a Trump víctima de un *impeachment*. Pero, si eso no ocurre por ahora, la clave para la continuidad de Trump en la Casa Blanca tiene una fecha en el calendario: 6 de noviembre de 2018. Ese día se celebrarán las *midterm elections*, elecciones legislativas de mitad de mandato. Se renovará toda la Cámara de Representantes y un tercio del Senado. Si el Partido Republicano mantiene su dominio o, incluso, lo incrementa, Trump tendrá más fácil asegurarse el apoyo suficiente hasta las presidenciales de 2020. Si los candidatos demócratas se imponen en las urnas, Trump estará en riesgo de ser lo que un inquilino de la Casa Blanca nunca quiere ser: presidente de un único mandato. Y ese riesgo le acecha.

Las cuentas le salieron con inusitada perfección al equipo de campaña republicano en noviembre de 2016. Sabían que era muy difícil conseguir más votos populares que Hillary Clinton. Pero, de la misma manera, sabían que para Hillary Clinton sería difícil lograr la victoria en los estados clave para la elección presidencial, cuyos votantes estaban muy enfadados con los efectos de las políticas de Barack Obama. Y

Trump aprovechó el cuestionado sistema del Colegio Electoral, que permite que un candidato gane las elecciones teniendo menos votos. Los republicanos se volcaron en esos estados en disputa, y sacaron partido de otra realidad que los demócratas no supieron advertir: la enorme cantidad de americanos de izquierdas (esos que no se querían manchar las manos con la papeleta de un Clinton) que arrojarían su voto al irrelevante Partido Verde o, directamente, lo dejarían en casa. ¿Qué hará toda esa gente en las elecciones de 2020? ¿Volverá a desperdiciar su voto y permitir la reelección de Trump? Quizá en 2020 ese sector más extremista, una vez aprendida la lección, sí esté dispuesto a votar por cualquiera (*anyone but Trump*) para evitar un segundo mandato del magnate inmobiliario.

Entretanto, la Casa Blanca va seguir siendo sacudida por los tuits del presidente, por los efectos de la investigación sobre las conexiones rusas, y por las filtraciones a la prensa. Nada que hayamos visto ya podrá evitarnos la sorpresa de asistir a lo que nos espera por ver todavía. Y, mientras, la sombra del *impeachment* seguirá latente.



Es licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Valencia, Máster de Radio de la Universidad Complutense de Madrid y Máster en Comunicación Política e Institucional del Instituto Ortega y Gasset. Cursó el doctorado en Relaciones Internacionales y UE de la UCM y la Capacitación de Observadores Electorales para misiones de la OCDE y UE de la Escuela Diplomática.

Tras su breve paso formativo por varios diarios y radios locales en Valencia y el periódico *Generaler Anzeiger* de Bonn (Alemania), inició en Madrid sus años en RTVE como redactora de Radio 5 Todo Noticias, Radio Exterior de España y de informativos y programas de la franja de mañana, tarde y noche en Radio Nacional. En estos 15 años de profesión, ha presentado y dirigido programas y especiales, ha viajado como reportera desde Bruselas a Dakar, pasando por México, Panamá, los campamentos de refugiados saharauis en Argelia o el centro de detenciones de Guantánamo, Cuba. Y ahora aprende, en lo posible, del Ala Oeste de la Casa Blanca.

Dori Toribio

Corresponsal en Estados Unidos desde 2010. Actualmente es corresponsal de Mediaset en Washington, colaboradora de NTN24 y *The Luxonomist*.



@DoriToribio

El menguante círculo de confianza DE TRUMP

Dori Toribio

En los pocos meses que Donald Trump lleva en la Casa Blanca, las sacudidas se suceden sin tregua. Una lluvia de crisis políticas, judiciales, parlamentarias y mediáticas que no da ni un respiro a la Administración Trump. Especialmente una de ellas: la investigación sobre la interferencia de Rusia en las elecciones de 2016 y los supuestos vínculos con la campaña de Trump. La Casa Blanca siempre ha negado conspiración alguna. Pero las investigaciones del FBI, el departamento de Justicia y el Congreso avanzan a golpe de escándalo. Y cada golpe desencadena un nuevo drama dentro del Ala Oeste. Luchas de poder, enfrentamientos ideológicos, contradicciones narrativas, filtraciones internas y frustración presidencial. Todas estas tensiones están pasando factura en la confianza de Trump en su equipo más cercano, cada vez más reducido y con más miradas de reojo.

El presidente exige lealtad obsesiva a los suyos. Pero esa promesa es difícil de cumplir, a medida que arrecian los escándalos y aumentan los impulsos incontrolables de Trump, un presidente cada día más encerrado en sí mismo con un equipo cada vez más agotado. Pese a estar acostumbrados al caos, este es otro nivel. La sucesión de crisis e intrigas, dignas del mejor guion hollywoodiense, han dejado una larga lista de nombres en la cuerda floja de la Casa Blanca. Dibujamos a continuación el mapa de las personas de confianza del presidente de Estados Unidos, con el riesgo de que cuando ustedes lean estas líneas, el círculo se haya estrechado. Todavía más.

El primer viaje internacional de la presidencia de Donald Trump, que le llevó en mayo a Arabia Saudí, Israel, Italia y Bélgica, es el último retrato de su equipo más cercano. Acompañaban al presidente, además de la



Ivanka Trump y Jared Kushner en un acto de la Casa Blanca en marzo de 2017.

primera dama, Melania Trump, los dos cargos de más peso en el organigrama de la Casa Blanca: su jefe de Gabinete, Reince Priebus, y el jefe de Estrategia, Steve Bannon. También su hija, Ivanka Trump, y su yerno, Jared Kushner, el polémico matrimonio de asesores del presidente; el nuevo asesor de Seguridad Nacional, H.R. McMaster; el asesor económico, Gary Cohn; el asesor político, Stephen Miller; y el equipo de comunicación al completo: los portavoces Sean Spicer y Sarah Huckabee Sanders y la directora estratégica, Hope Hicks, al mando después de que Mike Dubke presentara su dimisión “por razones personales”, tras solo tres meses en el cargo. Este es el núcleo extendido de nombres que trabajan a diario junto a Donald Trump. Pero no todos tienen el mismo acceso al presidente, en una Casa Blanca en modo de crisis continua desde su toma de posesión en enero.

Trump siempre ha dejado claro que los lazos de sangre son la base de su imperio. Fue así en su mundo empresarial. Y es así ahora en Washington. Dos nombres familiares son clave en el Ala Oeste: Ivanka Trump y Jared Kushner, lo que no siempre es fácil para el resto del equipo. Pese a que según el organigrama el jefe de Gabinete y el jefe de Estrategia son los cargos de más poder en la Casa Blanca, en la práctica la llamada facción Jivanka ejerce una gran influencia sobre el presidente. Especialmente la hija mayor de Trump. Ivanka se ha convertido en una de las grandes confidentes del presidente y una de las mujeres de mayor rango en una cúpula de gobierno compuesta mayoritariamente por hombres. Su nombramiento como asesora especial del presidente desató todas las alarmas. Ella siempre aseguró durante la campaña electoral de 2016 que su ambición no pasaba por Washington. Sin embargo, las cosas cambiaron en 2017. Pasó a

Kushner fue uno de los hombres clave de la campaña de Donald Trump y supervisor de los lazos diplomáticos del equipo de transición. Su nombramiento fue tan cuestionado como el de Ivanka

ser empleada de la Casa Blanca, sin sueldo, pero con alto cargo, despacho y acceso ilimitado a la información clasificada. La ley antinepotismo de Washington de 1967 prohíbe al presidente nombrar a familiares en cargos del Gobierno Federal. Pero no especifica nada sobre asesores en la Casa Blanca. Ese resquicio abrió la puerta de una decisión en territorio legal y moral gris, frente a las múltiples advertencias de la oficina Ética sobre los potenciales conflictos de intereses derivados del estatus no detallado del imperio empresarial de los Trump. Pero nada de esto pareció importar. “Estamos satisfechos con la decisión de Ivanka Trump de dar este paso en su papel sin precedentes como primera hija y en apoyo al presidente”, rezaba el comunicado de la Casa Blanca tras su nombramiento. Ivanka, de 35 años, ha reconocido en numerosas ocasiones que el territorio es resbaladizo. No hay precedentes históricos de una hija del presidente de Estados Unidos con tanto poder. Y navega aguas inexploradas, aunque poco discretas, sentada al lado de los líderes mundiales cuando visitan la Casa Blanca, desde la canciller alemana, Angela Merkel, al primer ministro canadiense, Justin Trudeau. “Apenas estoy aprendiendo cómo funciona todo esto, pero ahora sé lo suficiente

como para ser una voz mucho más activa dentro de la Casa Blanca”¹, aseguró en una reciente entrevista la exmodelo, empresaria de moda e inmobiliaria y autora del libro *Mujeres que trabajan*. No tiene experiencia política ni gubernamental. Pero dice querer ser una fuerza moderadora en el Gobierno, usar su influencia en el presidente “para el bien” y alentar las posturas feministas, postulados que levantan cejas en Washington. Quienes la conocen aseguran que su carácter calmado y prudente tiene un efecto tranquilizador en el presidente, cualidad muy valorada en tiempos en los que pocos se atreven a llevar la contraria a Donald Trump dentro de la Casa Blanca. “Soy su hija. Lo conozco toda mi vida. Confía en mí”, aseguró Ivanka. Aunque sus consejos no siempre son seguidos a pies juntillas por un presidente conocido por querer tener siempre la última palabra. La derrota más sonada de la asesora fue la reciente decisión de Trump de retirar a Estados Unidos del histórico Acuerdo de París contra el cambio climático, generando un terremoto de condenas dentro y fuera de Washington. Ivanka presionó a su padre hasta el último momento para que no lo hiciera, ante el riesgo de aislar a Estados Unidos del resto del mundo. Y fracasaron. Tanto ella, como Jared Kushner. Despertando dudas por primera vez sobre el futuro de su influencia presidencial.

A sus 36 años, este empresario inmobiliario y mediático de Nueva York, con polémico pasado familiar, es otro de los pesos pesados del Ala Oeste. Aunque ahora bajo la sombra rusa. Kushner fue uno de los hombres clave de la campaña de Donald Trump y supervisor de los lazos diplomáticos del equipo de transición. Su nombramiento fue tan cuestionado como el de Ivanka. También dentro de la Casa Blanca, donde el creciente poder de Kushner es visto con recelo por los más veteranos. “Todos los presidentes que he conocido tenían una o dos personas en las que confiaban de manera intuitiva y estructural. Y creo que Jared es esa persona”², explicaba el ex

¹ CBS This Morning. Web. 7 de mayo de 2017.

² Bertoni, Steven. “Exclusive Interview: How Jared Kushner won Trump the White House”. *Forbes*. 20



secretario de Estado, Henry Kissinger, que conoce a los Trump desde hace décadas y ahora asesora al presidente en materia de política exterior. Por las manos de Kushner pasan importantes retos políticos y diplomáticos, como la relación bilateral con China y México, el liderazgo de la oficina de innovación y empresas de la Casa Blanca o la paz en Oriente Medio. No son tareas menores para alguien sin experiencia en Washington. Pero con fama bastante oscura. Cuando en noviembre de 2016, Trump despidió al gobernador de Nueva Jersey, Chris Christie, al frente del inicial equipo de transición, el rastro apuntaba hacia Kushner. Él siempre lo desmintió, sugiriendo que demasiados escándalos políticos pesaban contra el gobernador. Pero la teoría de la venganza nunca se extinguió. Christie metió en la cárcel al padre de Kushner por cargos de evasión fiscal y fraude electoral en 2005. Una década después, se hablaba de purga revanchista.

Esa no es la única lucha interna que protagonizó el yerno de Trump. Su rivalidad con el jefe de Estrategia del presidente, Steve Bannon, acaparó titulares desde el primer día. El ascenso de Kushner fue traducándose en una progresiva pérdida de terreno del omnipotente Steve Bannon. El yerno de Trump acompañaba al presidente a todas horas, presente en todas las reuniones, susurrando a su derecha en momentos clave, como justo antes de lanzar el bombardeo contra Siria en abril o viajando en su nombre a Irak. Se desencadenó un enfrentamiento entre ambos con raíces ideológicas. Lo negaron en público, hasta que un día el mismo Trump lo explicó en una entrevista en el *New York Post*: “Me gusta Steve, pero deben recordar que él no llegó a mi campaña hasta muy tarde. Es un buen chico, pero le he dicho que lo arregle o lo haré yo”. Esto confirmaba lo que los medios aseguraban hace semanas. Hay dos facciones en la Casa Blanca: los “globalistas”, ala moderada a la que pertenecen Kushner, Ivanka y Gary Cohn, el asesor económico de Trump; y los “nacionalistas”, el sector de Bannon, plagado

Las sucesivas crisis en torno a la trama rusa han devuelto parte del poder perdido al jefe de estrategia de Trump. A modo de redención

de populistas anti-*establishment* con visiones extremistas en inmigración, comercio y especial predilección por las teorías de la conspiración.

Bannon conoció a Trump en 2011, cuando dirigía Breitbart News, un medio digital de ultra derecha con visiones populistas, belicistas y conspiranóicas y un marcado desdén hacia la clase política tradicional, que se rindió a los pies del candidato presidencial en 2016. Para muchos aquella fue la clave para movilizar al núcleo duro de votantes frustrados con el sistema que llevó a Trump a la presidencia. Bannon entró en la campaña oficialmente en verano de 2016, y su rastro pasó a ser evidente en muchas promesas y políticas, como el polémico veto migratorio a países en su mayoría musulmanes. Su nombramiento como jefe de Estrategia le dio un papel cada vez más decisivo. Hasta que las portadas describiéndole como “Presidente Bannon” se multiplicaron en la prensa mundial, algo que no sentó bien a Trump.³ El presidente le sacó entonces del Consejo de Seguridad, tras la dimisión del



James Comey en la sede del FBI en Washington durante una rueda de prensa en 2015.

general Michael Flynn, asesor de Seguridad Nacional de Trump, obligado a presentar su renuncia tras menos de un mes en el cargo por no contar toda la verdad sobre sus contactos con diplomáticos del Kremlin. Flynn fue sustituido por el teniente general H. R. McMaster, una figura convencional, centrista e inmensamente respetada en Washington, a diferencia de Flynn. Con gran peso dentro del *establishment* republicano, la entrada de McMaster en la Casa Blanca inyectó una dosis de necesaria experiencia política y militar en el Ala Oeste y decantó la balanza de los moderados, disparando los rumores sobre una salida inminente de Bannon. Pero la sangre nunca llegó al río. Más bien al revés.

Las sucesivas crisis en torno a la trama rusa han devuelto parte del poder perdido al jefe de Estrategia de Trump. A modo de redención. Medios como Axios le describen como “un consejero en tiempos de guerra”⁴ dispuesto a luchar hasta el final por el presidente contra los investigadores, los demócratas y las filtraciones. El punto de inflexión fue la noche del 9 de mayo,

cuando el presidente de Estados Unidos despidió inesperadamente al director del FBI, James Comey. Su decisión desencadenó un terremoto político de una magnitud que hace años no se vivía en Washington. El despido de Comey llegaba en plena investigación sobre la interferencia electoral rusa y los vínculos con la campaña de Trump. Se sucedieron las acusaciones de abuso de poder y obstrucción a la justicia contra un presidente que parecía querer quitarse de en medio al supervisor de una investigación que potencialmente podía acabar afectándole. La Casa Blanca guardó un sospechoso silencio inicial. Seguido de múltiples explicaciones contradictorias que quemaron la credibilidad del portavoz Sean Spicer y la consejera presidencial, Kellyanne Conway. Los medios revelaron después que aquel caos se debía a la sorpresa dentro del Ala Oeste por la reacción general al despido del director del FBI, una figura muy polémica entre republicanos y demócratas por su gestión del caso de los correos de Hillary Clinton en la campaña electoral de 2016. Trump esperaba un aplauso unánime a su decisión.

³ Suebsaeng, Asawin. “Team Bannon laying low after being blindsided by Trump”. *The Daily Beast*. 12 de abril de 2017. Web.

⁴ Swan, Jonathan. “Bannon’s back”. *Axios*. 26 de mayo 2017. Web. 26 de mayo 2017.



Robert Mueller III tomó posesión de su cargo como director del FBI el 4 de septiembre de 2001.

Nada más lejos de la realidad. ¿De dónde venía esa terrible falta de cálculo político y legal? La versión oficial era que fue por recomendación del vicefiscal general, Rod Rosenstein, segundo del departamento de Justicia, al mando de supervisar la investigación sobre Rusia. Pero el mismo Trump lo desmintió poco después. Había tomado la decisión hace mucho tiempo, con Rusia en mente.⁵ Y según desveló el diario *New York Times* hubo una persona que presionó para que así fuera: el mismísimo Kushner. Nadie daba crédito. La supuesta voz de la razón dentro de la Casa Blanca, que sembró contención frente a Bannon cuando Trump estuvo a punto de retirar a Estados Unidos del NAFTA, ahora desataba la mayor crisis de la presidencia de Trump hasta el momento. Y también fue Kushner quien, en contra del consenso dentro del Ala Oeste, presionó al presidente para que cargara contra el nombramiento del investigador especial, Robert Mueller III, que por decisión de Rosenstein pasó a supervisar la trama rusa días después. Algo que Trump acabó haciendo en

Twitter. Al anochecer, los corresponsales en la Casa Blanca escucharon gritos desde los pasillos Ala Oeste. “Y subieron el volumen de las televisiones al máximo en un aparente intento de ahogarlos”, relataban⁶ en una semana de escándalos diarios, que desbordaron al equipo presidencial. “No es fácil saber por qué una figura tan racional llegaría a la conclusión de que lo mejor para la imagen del presidente tras el nombramiento de un fiscal especial era la venganza y la ira”, se preguntaba *New York Magazine*. “Quizás, Jared está asustado”⁷.

Según los medios estadounidenses, el yerno del presidente es una de las personas de interés dentro de la investigación del FBI sobre Rusia, por sus reuniones con diplomáticos y banqueros rusos durante la campaña electoral y el periodo de transición. Contactos que Kushner no declaró al empezar a trabajar en la Casa Blanca y despertaron una avalancha de críticas de los demócratas, además de muchas dudas sobre el futuro de uno de los confidentes más cercanos e influyentes del presidente. Abriendo

la puerta a la redención de Bannon. El anuncio de Trump de retirar a Estados Unidos del Acuerdo Climático de París lo confirmó, una decisión con la firma estratégica de Bannon para demostrar que esta Administración pone sus intereses económicos por encima de la comunidad internacional, además de cumplir sus promesas electorales para contentar a la base de votantes de Trump.

Desde entonces, Jared e Ivanka han mantenido un perfil público bajo. Mientras dentro de la Casa Blanca se ha esbozado un “cuarto de guerra”⁸, para responder a lo que está por venir, compuesto por Kushner, Bannon y el jefe de gabinete, Reince Priebus, ex presidente del partido republicano y voz del *establishment* dentro de la cúpula de gobierno de Trump. Priebus es un animal político entrenado en Washington. Al igual que McMaster y que Sean Spicer, el polémico portavoz de la Casa Blanca herido de muerte en las sucesivas crisis de la Administración Trump. El difícil reto de comparecer a diario a defender posturas imposibles, solo para ser desmentido poco después por el presidente de Estados Unidos, ha quemado la credibilidad de Spicer dentro y fuera de la Casa Blanca. Cada vez comparece menos ante las cámaras y cuando la hace, resulta serio, sombrío y breve. Pocos se atreven ahora a hablar en público. Las explicaciones son difíciles. Y el riesgo, muy alto. Está en juego la palabra del gobierno de Estados Unidos. Y la de cada uno de ellos. Nadie quiere quemar su capital político tan pronto. Y nadie sabe realmente qué está pensando el presidente. Donald Trump se ha encerrado en sí mismo tras los recientes escándalos, que parten en su mayoría de filtraciones desde dentro de la Casa Blanca y las agencias de Inteligencia a los medios de comunicación. Así reveló el diario *Washington Post* que Trump compartió información clasificada con los diplomáticos rusos en su reunión de mayo en el Despacho Oval. Y así publicó el *New York Times* que el director del FBI dejó por escrito que el presidente le presionó para que cerrara la investigación a Michael Flynn, algo

que confirmó el propio James Comey en una incendiaria comparecencia ante el Senado, la primera desde que fue despedido, en la que llamó mentiroso con todas las letras al presidente de Estados Unidos. Las filtraciones llegan desde dentro. Trump siente que el enemigo está cerca. Y cada vez está más aislado en una Casa Blanca en la que pasó sus primeros meses en solitario, a la espera del traslado de la primera dama Melania Trump y su hijo Barron. La burbuja de Washington es dura. Solo y bajo una incesante tormenta de escándalos, todavía más.

En tiempos difíciles, una persona ha sido indispensable para el presidente desde hace más de dos décadas. Su ex guardaespaldas, Keith Schiller. Ahora, director de operaciones del Despacho Oval. No sale en las fotos ni figura en las listas. Pero a efectos prácticos es su gran protector. “Es parte guardaespaldas, parte filtro, parte compañero familiar en un entorno poco familiar. Schiller es un ayudante leal y de confianza que raramente está lejos de Trump”, cuenta CBS.⁹ Y no se equivocan. Schiller es la persona a la que el presidente dio el encargo más delicado: llevar personalmente la carta de despido al director del FBI a la sede de la agencia en Washington.¹⁰

Nadie más lo supo. Ni siquiera su vicepresidente, Mike Pence. Que a día de hoy es uno de los grandes interrogantes de la Administración Trump. De momento, Pence ha esquivado todos los escándalos, asegurando que no sabía nada. O que no le dijeron toda la verdad. Aunque su palabra ha quedado más de una vez en entredicho, al defender a Trump en público, para ser desmentido por algún tuit horas después. Pero Pence aguanta los golpes y guarda silencio. Y en medio de todo este ruido, acaba de formar su propio comité de acción política (PAC), algo que ningún vicepresidente había hecho jamás en los primeros 6 meses de gobierno, sabiendo que los ojos del país se dirigen hacia él en cualquier especulación prematura sobre dimisión o *impeachment*.

⁵ Collinson Stephen & Sara Murray. “Trump thought about firing Comey since Election Day”. *CNN*. 10 de mayo 2017. Web.

⁶ Dearden Lizzie. “Donald Trump’s aides heard yelling in White House office as presidency descends into chaos”. *The Independent*. 16 de mayo 2017. Web.

⁷ Levitz Eric. “Is Jared Kushner in too deep?”. *New York Magazine*. 18 de mayo 2017. Web

⁸ Swan, Jonathan. “Bannon’s back”. *Axios*. 26 de mayo 2017. Web.

⁹ “Keith Schiller maintains role as top Trump protector”. *CBS News*. 6 de abril 2017. Web.

¹⁰ Merica, Dan. “Who is Keith Schiller, the man Trump sent to fire Comey?”. *CNN*. 10 de mayo 2017. Web.



Licenciado en Periodismo por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, con premio extraordinario fin de carrera, y título de Magister ABC-UCM. Becario Fulbright y M.A. 1996 en International Relations and Mass Media por la Universidad de Georgetown. Su próxima tesis doctoral está dedicada a la comunicación política de la Casa Blanca.

Como periodista, ha desempeñado durante veinte años la corresponsalía del diario *ABC* en Washington. Ahora es columnista de *Internacional* y analista para diferentes medios audiovisuales. Además de autor de artículos en revistas científicas y especializadas, escribe regularmente en el blog Diálogo Atlántico del Instituto Franklin-UAH. También ha colaborado con el Instituto Ortega y Gasset, Casa América, World Bank, Llorente & Cuenca, el Instituto Atlántico de Gobierno, el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y el Aspen Institute España, además de docencia en diversas universidades de verano. Forma parte del grupo de investigación UNISCI y es miembro del Capítulo Español del Club de Roma.

Pedro Rodríguez

Profesor asociado de Relaciones Internacionales en la Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE y en la Universidad Complutense de Madrid.



@PedroRodriguezW

Todos los generales DEL PRESIDENTE

Pedro Rodríguez

Fake Force: el incipiente uso de la fuerza por parte de la Administración Trump plantea toda clase de inquietantes consideraciones, desde críticas por su falta de lógica militar al riesgo de escaladas accidentales.

Desde el mediodía del pasado 20 de enero, *Inauguration Day*, al nuevo presidente de Estados Unidos siempre le acompaña un ayudante militar que acarrea una abultada cartera de color negro. En la jerga de Washington, el maletín de unos veinte kilos de peso y tres cierres, es conocido con un nombre más bien trivial: *nuclear football*. Este metafórico balón en juego permanente recuerda que el ocupante de la Casa Blanca es también comandante en jefe, tanto de las Fuerzas Armadas como de los servicios de inteligencia de Estados Unidos. Un poder constitucional expreso que incluye la potestad de ordenar el uso de las armas más apocalípticas desarrolladas para el Pentágono.

Se supone que el maletín nuclear, conocido oficialmente como *Presidential Emergency Satchel*, además de un sofisticado sistema de comunicaciones contiene cuatro elementos:¹ un cuaderno negro con un centenar de páginas donde se especifican las diferentes opciones programadas de ataque y contra-ataque, una tarjeta apodada el *biscuit* (de 3 x 5 pulgadas²) con los códigos de autenticación para que el comandante en jefe confirme su identidad y pueda emitir órdenes, una lista de búnkeres donde el presidente y sus acompañantes pueden encontrar refugio, e instrucciones para el uso del Sistema de Trasmisiones de Emergencia (EBS) que permite interrumpir toda la programación de radio y televisión de EE.UU. para emitir un mensaje de alerta a la población civil.

En contra del imaginario generado durante la Guerra Fría, el maletín nuclear no contiene un solo botón de consecuencias catastróficas. Aunque eso no quiere decir que el

¹ Gulley, Bill, and Reese, Mary Ellen. *Breaking Cover*. New York, NY: Warner, 1981: 188. Print.

² 7,6 x 12,7 centímetros.



presidente no tenga la exclusiva prerrogativa de ordenar el uso de aproximadamente un millar de cargas nucleares de largo alcance que el Pentágono mantiene en situación de alerta permanente. Cada una de estas cargas acumula un poder destructivo entre diez y veinte veces superior a las bombas utilizadas en agosto de 1945 contra Hiroshima y Nagasaki.

Toda esta capacidad para desencadenar un holocausto nuclear contrasta con el mínimo tiempo disponible para tomar una decisión sin vuelta atrás. En el peor de los escenarios –responder a un repentino primer ataque con misiles intercontinentales– el ocupante de la Casa Blanca allá donde se encontrase tendría que formular una orden de *retaliation* en menos de quince minutos antes de que fueran alcanzados los primeros objetivos en el territorio de Estados Unidos.

La custodia y transporte del maletín nuclear corre a cargo de un equipo de cinco ayudantes militares del presidente, hombres y mujeres con impecables credenciales de seguridad. Según el testimonio de algún miembro de este selecto grupo de oficiales, con rango mínimo de comandante, se trata de un prestigioso destino pero bastante proclive al agotamiento.³ Desde que el *nuclear football* fuera discretamente introducido por la Administración Kennedy tras la crisis de los misiles cubanos, se han dado casos de olvido, ya que el maletín no va esopado a la muñeca del oficial de turno.

Se supone que el *nuclear football*, fabricado por la empresa Zero Halliburton de Utah,⁴ fue utilizado durante la ofensiva terrorista del 11-S por contener información sobre los planes para garantizar la continuidad de la cúpula del gobierno federal en casos de emergencia. Por si acaso, existen dos copias de reserva: una se mantiene siempre en la Casa Blanca y otra al alcance del vicepresidente.

³ Jeffries, Stuart. "The 'Nuclear Football' - The Deadly Briefcase That Never Leaves the President's Side". *The Guardian*. 22 de agosto 2016. Web. 20 de mayo 2017.

⁴ Zak, Dan. "Nervous About Nukes again? Here's What You Need to Know About the Button. (There Is No Button.)." *The Washington Post*. 3 de agosto 2016. Web. 20 de mayo 2017.

⁵ Todd, Brian and McConnell, Dugald. "Wherever Trump Goes, Nuclear 'Football' To Follow". *CNN*. 25 de febrero 2017. Web. 20 de mayo 2017.

⁶ Dovere, Edward-Isaac, and Nelson, Louis. "Obama Still Scared of Trump with Nuclear Codes". *POLITICO*. 3 de enero 2017. Web. 21 de mayo 2017.

En la historia nuclear de Estados Unidos, la responsabilidad de utilizar este tipo de armas de destrucción masiva ha recaído exclusivamente en el presidente Truman durante la recta final de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico. Con la trascendencia de que el uso de cargas nucleares no entra dentro del sistema de *checks and balances* que caracteriza al gobierno americano. Salvo un excepcional motín⁵ por parte de varios de los militares encargados de cumplir estas órdenes, el presidente es totalmente autónomo e incontestable a la hora de desplegar la respuesta nuclear que considere oportuna.

1 Commander-in-Chief

A la vista del temperamento tan mercurial como impulsivo demostrado por Donald Trump en su ascendencia a la Casa Blanca, durante la campaña del 2016 han proliferado las críticas sobre su capacidad para desempeñar las responsabilidades de comandante en jefe. El presidente Barack Obama llegó a ironizar sobre cómo es posible confiar los códigos nucleares a una persona que ha demostrado ser totalmente irresponsable en el manejo de una simple cuenta de Twitter.⁶

A todas estas suspicacias por parte de sus rivales políticos se han unido también las improvisadas declaraciones electorales realizadas por el propio Trump a modo de preocupante doctrina nuclear. Con insistencia, una y otra vez, en no descartar su utilización y abogando incluso a favor de la proliferación de estas armas para resolver dilemas de seguridad como el planteado por Corea del Norte. En una inolvidable respuesta a la cadena MSNBC, al



Trump visita el portaaviones de la Marina de los Estados Unidos Gerald R. Ford en Newport News, Virginia, el 2 de marzo de 2017.

El presidente Barack Obama llegó a ironizar sobre cómo es posible confiar los códigos nucleares a una persona que ha demostrado ser totalmente irresponsable en el manejo de una simple cuenta de Twitter

entonces aspirante del Partido Republicano se le ocurrió argumentar: "Si tenemos armas nucleares, ¿por qué no podemos utilizarlas?"⁷

Sin embargo, toda esta polémica sobre la responsabilidad del presidente en materia de seguridad nacional no es exactamente una cuestión nueva en la historia de Estados Unidos. Si nos remontamos a la misma génesis constitucional americana, los *Framers* estaban influenciados por la amenaza que representaban grandes potencias europeas ocupando territorios

en las fronteras incipientes de su nación y la experiencia de haber librado una guerra de independencia tomando decisiones por consenso bajo las reglas establecidas en los Artículos de Confederación.⁸ Sin olvidar los episodios de rebeliones internas registrados en 1786 que empezaron en Massachusetts y se contagiaron a otras colonias.

En la sección segunda de su artículo II, la Constitución de 1787 declara al presidente como el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas (entonces limitadas al *Army, Navy and the Militia of the several States, when called into the actual Service of the United States*). Esta decisión, por supuesto, no fue fácil para los *Framers*, sobre todo obsesionados de forma casi patológica con evitar la acumulación de poder en su nuevo gobierno. Uno de los delegados con especiales reparos llegó a sugerir como antídoto que el poder militar de la nueva nación fuera limitado a tan solo 5.000 tropas. A lo que el general George Washington, figura providencial pero no celebrado precisamente por su sentido

⁷ Nguyen, Tina. "Donald Trump Is Reportedly Very Interested in Using Nuclear Weapons". *The Hive. Vanity Fair*. 3 de agosto 2016. Web. 21 de mayo 2017.

⁸ Foner, Eric. *Give Me Liberty!: An American History*. New York, NY: W.W. Norton, 2012. Chapter 7. Print.



John Kelly en el Pentágono en enero de 2017.

del humor, respondió con sarcasmo que puestos a limitar también se pusiera coto a los ejércitos invasores no permitiendo más de 3.000 soldados.⁹

Para equilibrar la necesidad de control político y un liderazgo militar efectivo en tiempos de crisis, los *Framers* optaron por reservar para el Congreso la potestad de declarar la guerra.¹⁰ Sin embargo, esta fórmula sigue siendo una contumaz cuestión abierta dentro del sofisticado entramado institucional de 1787. Ya que, a lo largo de la historia de Estados Unidos, incluso tras la traumática experiencia de Vietnam e intentos de reforma como la *War Powers Act*, la autoridad del Congreso para declarar la guerra no ha impedido que los ocupantes de la Casa Blanca utilicen *de facto* la fuerza para iniciar conflictos bélicos. Con la consiguiente querencia que un *first move* por parte de la Casa Blanca tiende a generar en la colina del Capitolio.

Con o sin justificaciones válidas, los presidentes de EE.UU. se han acostumbrado a desplegar recursos militares e iniciar hostilidades para después solicitar *ex post* la autorización del

Congreso con el fin de continuar usando la fuerza. El ejemplo más evidente sería el cheque en blanco que la Administración Bush recibió tras los ataques terroristas del 11-S para las invasiones de Afganistán e Irak. En este último caso, se sumó el visto bueno de un Congreso controlado por el Partido Demócrata, con el agravante de haber utilizado evidencias más que cuestionables para llegar hasta Bagdad.

2 Las tres “emes”

En contraste con la tensión no resuelta entre Ejecutivo y Legislativo en cuestiones de seguridad nacional, la historia de EE.UU. incorpora una impecable sumisión de sus militares a las autoridades civiles, ilustrada por la fulminante destitución del general MacArthur por parte del presidente Truman. Lo cual no quiere decir que destacados líderes de las Fuerzas Armadas en la estela de Eisenhower, tras dejar sus uniformes hayan llegado a ocupar los más destacados puestos del Ejecutivo federal.

Trump ha recurrido a generales retirados para ocupar tres de las posiciones clave de su gobierno en materia de seguridad nacional

Ante todo este historial de ejemplar equilibrio entre civiles y militares en Washington, no ha dejado de llamar la atención el empeño demostrado por el presidente Trump a la hora de incorporar múltiples generales a su gabinete. De hecho, el nuevo gobierno de Estados Unidos se podría decir que está basado en tres “emes”: militares, multimillonarios y *mavericks*.¹¹

Esta combinación casi fetichista a nivel ministerial también se ha visto acompañada de un problemático nihilismo burocrático por parte de Trump. El presidente, inspirado por su gurú Steve Bannon, se encuentra comprometido en una lucha contra la burocracia federal y el llamado “Estado Administrativo”. Es decir, el conjunto de instituciones y agencias con poder regulador pero que no forman parte ni del Congreso ni del Poder Judicial. Un legado de la Era Progresiva, a caballo entre el siglo XIX y XX, encaminado a incrementar la calidad democrática de Estados Unidos.

De hecho, Trump mantiene a los seis meses de su toma de posesión una plusmarca de vacantes en la cúpula del gobierno federal, compuesta por unos 4.000 puestos de libre designación con un millar sometidos a

ratificación por el Senado.¹² Según el grupo Partnership for Public Service’s Center for Presidential Transition, durante los cien primeros días de su presidencia, Trump solamente ha nominado a 73 candidatos para los 1.100 cargos que deben ser aprobados por el Congreso. En ese mismo periodo, el Senado ha dado su visto bueno a 27 nominados del presidente. Cifras muy por debajo de anteriores Administraciones.¹³

Con todo, Trump ha recurrido a generales retirados para ocupar tres de las posiciones clave de su gobierno en materia de seguridad nacional. Todo un récord en puestos tradicionalmente ocupados por civiles no registrado en Washington desde el final de la Segunda Guerra Mundial.¹⁴ Con la gran ironía, por supuesto, de que el presidente durante su hiperbólica campaña se jactó de saber mucho más que todos los generales del Pentágono.

Para el puesto de secretario de Defensa, Trump ha conseguido convencer al general de cuatro estrellas de los *Marines* James Mattis. Para ocupar el cargo, Mattis ha tenido que recibir una dispensa especial del Congreso porque en EE.UU. existe un periodo de “enfriamiento” de siete años para que un militar de carrera tome las riendas del Departamento de Defensa. Hasta la fecha, el único antecedente había sido la excepción realizada con el general George C. Marshall cuando fue propuesto por Truman en 1950 como secretario de Defensa al comienzo de la Guerra de Corea.¹⁵

Para la Secretaría de Seguridad Nacional creada tras el 11-S, Trump ha recurrido a John Kelly, otro general de cuatro estrellas de los *Marines*, con un hijo también militar que murió a los 29 años en Afganistán. Hay un tercer general al frente del Consejo de Seguridad Nacional, el órgano dentro de la Casa Blanca

¹¹ *Maverick* es un término de origen agropecuario que hace referencia al ternero que no está marcado. En la jerga de Washington se utiliza para describir al actor político que va por libre.

¹² Migeed, Ryan and Gawel, Anna. "Trump Slow in Filling Hundreds of Vacancies Across U.S. Government". *Washington Diplomat*. 30 de mayo 2017. Web. 1 de junio 2017.

¹³ Public Service, Partnership For. "100 Days In: President Trump's Appointments". *Center for Presidential Transition Blog*. 4 de mayo 2017. Web. 4 de junio 2017.

¹⁴ Fishel, Justin, and Saenz, Arlette. "Donald Trump Would Have the Most Generals in The White House Since World War II". *ABC News*. 8 de diciembre 2016. Web. 5 de junio 2017.

¹⁵ Lamothe, Dan. "Trump Picks Retired Marine Gen. James Mattis for Secretary of Defense". *The Washington Post*. 1 de diciembre 2016. Web. 5 de junio 2017.

⁹ Zito, Salena. "Heed George Washington's Wisdom". *RealClearPolitics*. 2 de marzo 2014. Web. 21 de mayo 2017.

¹⁰ Kernell, Samuel, Gary C. Jacobson, Thad Kousser, and Lynn Vavreck. *The Logic of American Politics*. Thousand Oaks, CA: SAGE, CQ Press, 2018: 284-287. Print.



encargado de coordinar toda la política de EE.UU. en materia de seguridad y política exterior. El primer ocupante de ese puesto de máxima confianza fue el teniente general Mike Flynn, defenestrado en menos de un mes por sus vínculos con Rusia y sustituido por el general H.R. McMaster.

Aunque cada uno de estos oficiales de bandera tienen impecables historiales, sus nombramientos están siendo cuestionados¹⁶ más que nada por el problemático déficit que la Administración Trump arrastra en materia de política exterior, empezando por la embarazosa inexperiencia del secretario de Estado Rex Tillerson. Ante estas grandes carencias, se teme que la visión del mundo de estos militares —que tienden a valorar la estabilidad global pero suelen ser los más reacios ante el uso de la fuerza— termine por imponerse en cuestiones internacionales que tradicionalmente han sido responsabilidad de la esfera civil dentro del gobierno de Estados Unidos.

3 Al estilo Trump

A diferencia de sus antecesores, el presidente Donald Trump no se ha implicado en el día a día de las decisiones militares.¹⁷ Durante la invasión de Irak, George W. Bush hablaba cada semana con sus comandantes sobre el terreno. Mientras que Barack Obama era famoso por teledirigir todas sus operaciones militares, hasta el punto de ser cuestionado por un exceso de *micromanagement*.

Durante sus primeros seis meses de comandante en jefe, además de la morosidad exhibida a la hora de reiterar su compromiso con

el artículo 5 de la OTAN,¹⁸ Trump no ha mantenido ningún contacto con sus generales en Irak o Afganistán, a pesar de su disposición para mantener y ampliar estos dos grandes compromisos militares. Esta falta de implicación se interpreta como parte de la autonomía otorgada al secretario Mattis. De hecho, la Casa Blanca ha delegado en el Pentágono para aumentar, según se estime necesario, los actuales niveles de tropas en Irak y Afganistán. Un tipo de decisión que tradicionalmente suele ser monopolizada por la Casa Blanca.

En el caso de la longeva guerra de Afganistán, las manos libres de la Administración Trump se pueden traducir en el despliegue de miles de tropas estadounidenses para intensificar la lucha contra los talibanes y el autodenominado Estado Islámico. Durante este año, los insurgentes han vuelto a disparar su letalidad y controlan aproximadamente un 40 % del territorio afgano, su mayor cota desde la invasión en 2001.

Esta especie de carta blanca para el Pentágono también se ha visto acompañada por una política presupuestaria encaminada a una fuerte expansión del gasto militar. De acuerdo a las prioridades formuladas en el arranque de su Administración, Trump aspira a lograr una draconiana reducción del 28 % en los fondos del Departamento de Estado y la ayuda al desarrollo que administra USAID.¹⁹ Estos gastos combinados, en la actualidad, representan el 1 % de todo el presupuesto federal.

En contraste, el presidente quiere un 10 % de aumento en las partidas del Pentágono, con un énfasis en la adquisición de nuevos sistemas de armas. De conseguirlo, el presupuesto del Departamento de Defensa para el 2018 alcanzaría los 639.000 millones de

dólares.²⁰ Aunque la gran batalla en el Congreso será eliminar las limitaciones automáticas en vigor (el famoso *sequester* acordado por republicanos y demócratas durante la Administración Obama) y cuyo desmantelamiento requiere de una mayoría reforzada de 60 votos en el Senado.

Estos 54.000 millones de dólares adicionales para gastos militares han sido cuestionados por toda clase de generales y almirantes retirados, con la insistencia en que más armas no significan una mayor seguridad para Estados Unidos. El actual secretario de Defensa, James Mattis, cuando estaba en activo ya argumentó ante miembros del Congreso: “Si ustedes no financian en su totalidad al Departamento de Estado, entonces necesitaré eventualmente comprar más munición”.²¹

4 Fake Force

Durante su campaña electoral, Trump ha sido un virtuoso de la “posverdad”, es decir todos esos embustes en forma de *fake news* que con la palanca digital terminan por relativizarlo todo, banalizar la objetividad de los datos e imponer el discurso intestinal sobre el racional. Ya instalado en la Casa Blanca, este *modus operandi*²² continúa pero con todo el poder y proyección global que ofrece la presidencia de Estados Unidos.

El lanzamiento de casi sesenta misiles Tomahawk contra un aeródromo militar en la

James Mattis:
“Si ustedes no financian en su totalidad al Departamento de Estado, entonces necesitaré eventualmente comprar más munición”

localidad siria de Homs, el uso de la “madre de todas las bombas” en Afganistán o el despliegue fantasma del portaaviones *USS Carl Vinson*²³ para intimidar a Corea del Norte pueden considerarse como las primeras salvas de otra cuestionable aportación del trumpismo: *fake force*. Lo que vendría a ser un despliegue sobre todo oportunista de la fuerza militar de Estados Unidos. Sin estrategia, sin aliados, sin plan de salida y, sobre todo, sin aspiraciones a cambiar realmente nada.

El único objetivo de estos alardes de *wag-the-dog*,²⁴ carentes de toda lógica militar, no sería otro que reforzar la apariencia de ser un líder decisivo, un implacable renegado del orden liberal internacional. Sin embargo, el gran problema que plantea la *fake force* es que el presidente Trump estaría logrando aumentar una nociva percepción de debilidad pese a liderar la mayor potencia militar del mundo. Con el inquietante riesgo de que alguna de estas jugadas termine sumándose a la larga lista de conflictos armados iniciados de forma accidental.

¹⁶ Dempsey, Jason, and Schafer, Amy. "Is There Trouble Brewing for Civil-Military Relations in the U.S.?" *World Politics Review*. 22 de mayo 2017. Web. 5 de junio 2017.

¹⁷ Hennigan, W.J. and Bennett, Brian. "Compared to George W. Bush and Obama, Trump Doesn't Micromanage". *Military.com*. 8 de junio 2017. Web. 10 de junio 2017.

¹⁸ Nelson, Louis. "Trump Publicly Commits to NATO Mutual-Defense Provision". *POLITICO*. 9 de junio 2017. Web. 10 de junio 2017.

¹⁹ Smith, Brendan L. "Critics Say Trump's 'Skinny' Budget Starves U.S. Diplomacy, Aid at Time of Heightened Need". *Washington Diplomat*. 5 de mayo 2017. Web. 10 de junio 2017.

²⁰ Cooper, Helene. "Buoyed by Trump Budget Plan, Pentagon Draws Up a Shopping List". *The New York Times*. 16 de marzo 2017. Web. 11 de junio 2017.

²¹ Lockie, Alex. "Mattis Once Said if State Department Funding Gets Cut 'Then I Need to Buy More Ammunition'". *Business Insider*. 27 de febrero 2017. Web. 9 de junio 2017.

²² Scherer, Michael. "President Trump: Approval Ratings Drop as Do Trump's Threats". *Time*. 6 de abril 2017. Web. 10 de junio 2017.

²³ Solomon, Feliz. "Syria: What to Know About the U.S. Missile Attack". *Time*. 7 de abril 2017. Web. 12 de junio 2017.

²⁴ Starr, Barbara, and Ryan Browne. "US drops largest non-nuclear bomb in Afghanistan". *CNN*. Cable News Network, 14 de abril 2017. Web. 12 de junio 2017.

²⁵ Landler, Mark, and Eric Schmitt. "Aircraft Carrier Wasn't Sailing to Deter North Korea, as U.S. Suggested". *The New York Times*. 18 de abril. 2017. Web. 12 de junio 2017.

²⁶ Gordon, Philip. "A Vision of Trump at War". *Foreign Affairs*. 20 de abril 2017. Web. 12 de junio 2017.



Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense, Máster Universitario en Paz, Seguridad y Defensa y un título de Experto Universitario en Servicios de Inteligencia por el Instituto Universitario "General Gutiérrez Mellado" de la UNED. Doctor en Relaciones Internacionales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

Previamente fue miembro asociado senior del Centro de Estudios Rusos y Eurasiáticos de St. Antony's College, Universidad de Oxford, durante dos años. También ha trabajado como coordinador de Rusia y Eurasia en el Observatorio de Política Exterior Española (Opex), Fundación Alternativas; profesor de Ciencia Política y Relaciones Internacionales en Saint Louis University (campus de Madrid); e investigador postdoctoral en la Universidad Carlos III de Madrid. Es coordinador de Rusia en la sociedad internacional: perspectivas tras el retorno de Putin (2012) y autor de capítulos de libros, artículos en revistas científicas, y otras publicaciones especializadas.

Javier Morales

Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Europea de Madrid y codirector del Grupo de Estudios de Europa y Eurasia (GEurasia).



Perspectivas de las relaciones EE.UU.-RUSIA en la Administración Trump

Javier Morales

El último relevo en la Casa Blanca ha desatado un auténtico vendaval político en todos los ámbitos, generando grandes dosis de incertidumbre dentro y fuera del país. Tampoco parecen haber salido indemnes de este "huracán Trump" –como titulamos un reciente seminario en la Universidad Europea– las líneas fundamentales de la política exterior estadounidense. Mientras se suceden las acusaciones desde el Partido Demócrata hacia la nueva Administración, por su supuesta connivencia con el gobierno ruso para influir en las elecciones, las advertencias de que Trump podría llegar a acabar con el orden global liberal construido por EE.UU. desde el final de la II Guerra Mundial ya se han convertido en el *leitmotiv* de gran parte de los analistas. Pero, ¿tienen algún fundamento estas afirmaciones, o se trata de una reacción exagerada, tras la –para muchos, imprevista– derrota electoral de la candidata demócrata?

1 ¿Una ruptura de los consensos en política exterior?

Varias decisiones del nuevo presidente invitan ciertamente a la preocupación, con independencia de la posición ideológica del observador: por ejemplo, su retirada del Acuerdo de París sobre la lucha contra el cambio climático, el cual representa una amenaza científicamente demostrada para todo el planeta. De acuerdo con algunos expertos como Jessica Matthews,¹ existen ya indicios de que Trump se está alejando de los consensos mínimos que aproximaban entre sí a los realistas, los internacionalistas liberales y los neoconservadores: los tres principales enfoques en el debate estadounidense sobre política exterior. En primer lugar, el reconocimiento de

¹ Matthews, Jessica T. "What Trump is Throwing Out the Window". *The New York Review of Books*. 9 de febrero 2017. Web.



Sergei Lavrov y Hillary Clinton sosteniendo un botón rojo con la leyenda "reset-peregruzka" en Ginebra en marzo de 2009.

la contribución de los países aliados a la propia seguridad de EE.UU., lejos de considerarlos como una mera carga para su presupuesto de defensa. En segundo lugar, la defensa de la globalización económica frente a las tendencias proteccionistas, promoviendo la apertura de nuevos mercados extranjeros al comercio e inversión estadounidense. Y finalmente, el compromiso con la promoción de la democracia en el mundo; ya fuese mediante una condena diplomática del autoritarismo como forma de gobierno o, en su versión más *neoon*, llegando incluso a intervenir militarmente contra dictadores enemigos.

No obstante, hay que introducir aquí una nota de cautela. Incluso el dirigente de una superpotencia mundial forma parte de una estructura gubernamental más amplia, donde aún existen *checks and balances* institucionales como los poderes legislativo o judicial; los cuales

impedirían a cualquier presidente romper de la noche a la mañana con los parámetros fundamentales en los que se ha movido la política exterior de EE.UU. Por otra parte, la inercia en los niveles inferiores del gobierno encargados de implementar las decisiones –acostumbrados a trabajar según procedimientos y planes preestablecidos, en lo que Graham Allison denominó el “proceso organizacional”²– supone también un freno para la aplicación efectiva de reformas profundas, sea cual sea la orientación de estas. Así pues, cualquier giro radical en la política exterior –por ejemplo, establecer una alianza con Rusia– que no fuera consensuado previamente entre las distintas agencias gubernamentales encargadas de ponerlo en práctica tendría los días contados; y podría también privar a Trump de valiosos apoyos burocráticos a la hora de poner en marcha otras medidas.

2 El fracaso de anteriores acercamientos EE.UU.-Rusia

A pesar de las apariencias, las expectativas reales de Moscú sobre esta nueva etapa están bastante alejadas del triunfalismo esperable tras la victoria del candidato preferido por ellos. Para comprender esta prudencia o incluso desconfianza por parte rusa, es necesario recordar algunos precedentes de anteriores “lunas de miel” entre Washington y Moscú.

La más reciente de esas etapas, el famoso “reseteo” de las relaciones con Rusia impulsado por la Administración Obama –anunciado por ambos ministros de Exteriores, Sergei Lavrov y Hillary Clinton, sosteniendo un botón rojo con la leyenda “reset - peregruzka”³– acabó en un claro fracaso, especialmente tras el retorno de Putin al puesto de presidente en 2012. Entre los motivos se encontraban tanto cuestiones de afinidad personal, que permitieron a Obama llegar más fácilmente a un entendimiento con un dirigente más joven y menos agresivo como Medvedev, como de política interna. Frente a una población rusa cada vez más descontenta con la corrupción de sus líderes o el fraude en las elecciones, Putin optó ya entonces por airear la amenaza de un enemigo exterior: las potencias occidentales, que estarían detrás, según él, de las protestas ciudadanas contra el Kremlin. Ni siquiera en el caso de que Trump evite deliberadamente cualquier crítica a las carencias democráticas de Rusia –omisión que le acarrearía un coste enorme en términos de imagen– se podría garantizar que Moscú no se acabaría volviendo contra él, por puros intereses electorales o de otro tipo.

Tampoco el acercamiento con la Rusia de Putin tuvo mayor éxito bajo anteriores administraciones republicanas. Fue muy comentada la reacción de George W. Bush tras su primera reunión con el presidente ruso, de la

que salió colmándole de elogios: una persona “muy directa y de fiar [...] profundamente comprometida con su país y los intereses de su país, y eso es el comienzo de una relación muy constructiva”.⁴ Esta actitud fue correspondida cuando, tras los atentados del 11-S, Putin fue el primer líder extranjero en telefonar a Bush para ofrecerle su ayuda en la lucha contra Al Qaeda; una colaboración que se materializaría después en Afganistán, y mediante el intercambio de información e inteligencia. No obstante, pese a esta cordialidad y a los frecuentes encuentros mantenidos entre ambos dirigentes, los acontecimientos posteriores –como el apoyo occidental a las “revoluciones de colores” en Georgia o Ucrania, y por supuesto la invasión de Irak– llevaron a Putin a concluir que el principal obstáculo para el resurgimiento de Rusia como gran potencia no era tanto su debilidad interna, sino los esfuerzos de EE.UU. por impedirlo con el fin de mantener su hegemonía.

3 Los recelos del Kremlin ante la presidencia de Trump

El temor de regresar al ciclo de “crisis –parálisis de los contactos bilaterales – mano tendida – optimismo – anuncio de una nueva era en las relaciones– cooperación en ciertos ámbitos – nuevos desacuerdos – crisis”, que se ha ido repitiendo en las últimas dos décadas para terminar cada vez en un punto peor que en el que había empezado,⁵ está condicionando sin duda las expectativas de Putin acerca de sus posibilidades de entendimiento con Trump. Pero, con seguridad, también pesa en su memoria el periodo inmediatamente anterior a las elecciones en EE.UU.: la crisis de Ucrania, quizás la más grave entre Moscú y Occidente desde la disolución de la URSS, que ha dado lugar a la aplicación de sanciones contra

³ La palabra en ruso estaba erróneamente traducida, ya que el equivalente a *reset* sería *perezagruzka*. Además, estaba escrita en caracteres latinos en lugar de cirílicos.

⁴ Wyatt, Caroline. “Bush and Putin: Best of Friends”. *BBC News*. 16 de junio de 2001. Web.

⁵ Deyermond, Ruth. “¿Un nuevo reset? ¿Puede la Administración Trump normalizar las relaciones con Rusia?”. *Análisis GEurasia* n° 3 (17 de abril de 2017). Web.

² Allison, Graham T. *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*. Little, Brown & Co., 1971. Print.



dirigentes y empresas rusas y elevado el tono agresivo de las declaraciones hasta niveles más propios de la Guerra Fría. Una Rusia cada vez más aislada por sus injerencias en el país vecino –como la anexión de Crimea o el apoyo a las insurgencias separatistas del Donbass– tendrá incentivos para aferrarse a cualquier alternativa que le permita escapar de esa situación sin renunciar a sus ganancias territoriales.

No se trata, por tanto, de que Moscú espere una nueva etapa de “luna de miel” con Washington tras la llegada de Trump al poder, puesto que el clima de confianza necesario para alcanzar una verdadera cooperación es inexistente hoy, tras varios años de sanciones y continuas acusaciones mutuas. Más bien, Rusia ha optado por quien consideraba el “mal menor” para sus intereses entre los dos candidatos presidenciales: Clinton, con quien con toda seguridad se hubiera mantenido el enfrentamiento en torno a cuestiones como Ucrania, la ampliación de la OTAN o la guerra de Siria... o Trump, quien –pese a que sus posiciones políticas fueran una incógnita en muchos aspectos– había criticado explícitamente las intervenciones en el exterior de la Administración Obama, e incluso había mostrado cierta admiración por el liderazgo de Putin.

4 ¿Es Trump un presidente prorruso?

Pero las supuestas afinidades con Rusia del líder estadounidense, una vez examinadas con detenimiento, tampoco parecen contar con una base muy sólida: se deben por el contrario al estilo comunicativo de Trump, con una acusada tendencia a la hipérbole y a realizar afirmaciones taxativas sobre cualquier asunto, aunque no cuente con todos los datos necesarios para formarse una opinión fundamentada.

El ejemplo más claro de esta supuesta simpatía mutua fueron unos comentarios durante la campaña en los que Trump agradecía a Putin que se hubiera referido a él como una persona “brillante

y con talento”, tomándolo como un elogio hacia sus capacidades intelectuales. Sin embargo, la primera palabra utilizada por Putin (*yarkiy*) se utiliza solamente en ruso con la acepción de “llamativo”, no la de “inteligente”.⁶ Más que de un halago, se trataba de una referencia irónica al talento para llamar la atención de una estrella televisiva como Trump; una personalidad incluso más extravagante vista desde la cultura política rusa, mucho más sobria y tradicional que la estadounidense en cuanto a la imagen pública que espera de sus líderes. De hecho, cuando poco después el presentador de la CNN Fareed Zakaria preguntó a Putin por esas declaraciones durante un acto público en el Foro Económico de San Petersburgo, el presidente ruso le respondió con visible malestar, recriminándole su falta de rigor al interpretar sus palabras anteriores como un elogio.

Al igual que para Putin el objetivo no era tanto ensalzar al candidato republicano como desacreditar a la candidata demócrata, por considerarla una amenaza para los intereses de Rusia, también Trump ha utilizado las referencias a Rusia como un simple medio de criticar la gestión de la Administración Obama. Por ejemplo, Trump afirmó durante la campaña que Putin no apreciaba ni respetaba a Obama; pero que él, en cambio, sería capaz de llevarse muy bien con el presidente ruso una vez ganase las elecciones, y conseguiría evitar problemas bilaterales como los ocurridos en la última etapa.⁷ Esta concepción meramente instrumental de Rusia como simple argumento para atacar al adversario político supone, en todo caso, un obstáculo para ganarse la confianza de Moscú; cuya principal preocupación en el diálogo con EE.UU. ha sido siempre la de ser tratada en pie de igualdad, con la consideración que según ellos merecen por su condición de potencia europea y mundial.

De momento, los primeros contactos entre ambos líderes no parecen haber contribuido a construir una relación basada en el entendimiento y el respeto mutuo. En la primera llamada telefónica de Trump a Putin, según algunas informaciones, el primero tuvo que interrumpir la conversación para preguntar a sus asesores en qué consistía el Nuevo

Tratado START de desarme nuclear, que el presidente ruso le estaba proponiendo prorrogar. A continuación, pese a no estar plenamente informado sobre el tema, Trump respondió a Putin que se trataba de uno más de los “malos acuerdos” firmados por Obama, ya que Rusia salía mucho más beneficiada que EE.UU. Dejando aparte el hecho de que la continuación del desarme nuclear sea claramente beneficiosa para la seguridad de todos –tanto para ambas potencias como para el resto del mundo–, se trata además de un *faux pas* considerable desde el punto de vista de la cultura estratégica rusa. El mantenimiento del equilibrio nuclear con EE.UU. –lo que en la jerga diplomática suele denominarse de forma genérica como “la estabilidad estratégica”– sigue siendo para Moscú una de las cuestiones más sensibles sobre las que negociar; cualquier movimiento unilateral de Washington, como una posible retirada del tratado, sería considerado por parte rusa como una amenaza para su seguridad.

5 Diferencias de intereses y posibles puntos de fricción

La incertidumbre que genera en el Kremlin la relación con el nuevo líder estadounidense –quien no sólo carece de conocimientos amplios sobre política internacional, sino que parece propenso a adoptar fácilmente decisiones precipitadas –puede ser sin duda un motivo de tensión o enfrentamiento en el futuro. Un dirigente tan imprevisible como Trump no encaja en modo alguno con las preferencias de Putin, que, tras diecisiete años aferrado al poder, valora ante todo contar con interlocutores experimentados en los asuntos de Estado. La relación personal del presidente ruso con Angela Merkel –facilitada además por referentes culturales comunes, como el conocimiento mutuo de los idiomas ruso y alemán, y haber residido ambos en la antigua Alemania Oriental comunista– es un claro ejemplo. El respeto de Putin a la seriedad y profesionalidad de Merkel ha contribuido a mantener el diálogo incluso cuando los respectivos intereses nacionales estaban muy alejados, como ha sucedido en los últimos años.

Otro de los posibles puntos de fricción es la apuesta de Trump por aumentar el presupuesto de defensa estadounidense, como medio para “*make America great again*”: un nacionalismo sin complejos que sigue concibiendo el prestigio internacional de EEUU como directamente proporcional al tamaño de sus fuerzas armadas, más que a factores inmateriales como la capacidad de liderazgo mundial o *soft power*. Aunque Trump ha realizado también comentarios críticos hacia la OTAN –la principal obsesión negativa para la estrategia de seguridad rusa–, es dudoso que el Kremlin mire con buenos ojos a un EE.UU. que parece desentenderse de sus alianzas multilaterales mientras a la vez aumenta su poder militar. La combinación de ambos factores podría ser sólo el preludio de una nueva etapa de intervencionismo unilateral como la vivida durante la Administración Bush; abandonando Trump, en una de sus habituales contradicciones, el tono aislacionista con el que se presentó inicialmente al electorado.

El objetivo común de la lucha contra el Daesh, en el que ambos gobiernos parecen partir de posiciones similares, puede contribuir a limar estas asperezas; sin embargo, “el diablo está en los detalles”. Para empezar, las alianzas de EE.UU. y Rusia en la región son muy diferentes: Irán es percibido como un enemigo por distintos miembros de la administración estadounidense, mientras que el viaje de Trump a Arabia Saudí ha simbolizado el mantenimiento del compromiso de Washington con ese país. Por otra parte, la amenaza común del yihadismo tampoco fue suficiente en el pasado para evitar que aparecieran más pronto o más tarde desencuentros bilaterales. Sin una concepción claramente definida por parte de EE.UU. de cuál es el orden regional –o mundial– que desean conseguir, será inevitable generar impaciencia y finalmente desencuentros graves con otras potencias que sí cuentan con esa estrategia, como Rusia. Unas tensiones que, con dos líderes tan poco dados a ceder como Trump y Putin, podrían llegar a desencadenar fácilmente una crisis duradera; convirtiendo esta nueva etapa de deshielo bilateral en la más breve de todas las que se han producido hasta hoy.

⁶ Kuzmina, Olga. “What Putin Actually Said about Donald Trump”. *Center on Global Interests*. 27 de julio de 2016. Web.

⁷ Walker, Shaun. “Vladimir Putin Calls Donald Trump a ‘Very Colourful and Talented Man’”. *The Guardian*, 17 de diciembre de 2015. Web.

⁸ Landy, Jonathan y Rohde, David. “Exclusive: In Call with Putin, Trump Denounces Obama-Era Nuclear Arms Treaty – Sources”. *Reuters*, 9 de febrero de 2017. Web.

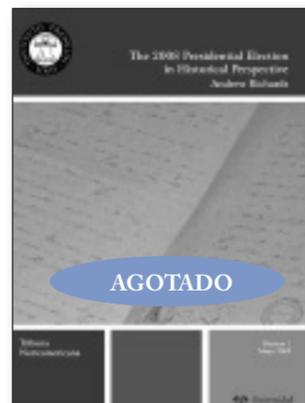
Tribuna Norteamericana está disponible para su descarga en PDF en la página web del Instituto Franklin: www.institutofranklin.net

Tribuna Norteamericana

La revista *Tribuna Norteamericana* es una publicación de difusión con base científica que recoge artículos relacionados con la política, la economía, la sociedad y la cultura de Estados Unidos. Cada número está dedicado a una temática y cuenta con colaboradores del ámbito de la diplomacia, la empresa, los medios de comunicación y la academia. Se distribuye en papel entre instituciones españolas y estadounidenses fuera y dentro de España, así como entre medios de comunicación y empresas.

Tribuna Norteamericana es la publicación oficial de la Fundación Consejo España-Estados Unidos, institución colaboradora del Instituto Franklin-UAH a través de su Patronato. Asimismo, la revista incluye una sección que lleva por título "La historia de" y que narra la experiencia de una empresa española (patrona de la Fundación) en Estados Unidos.

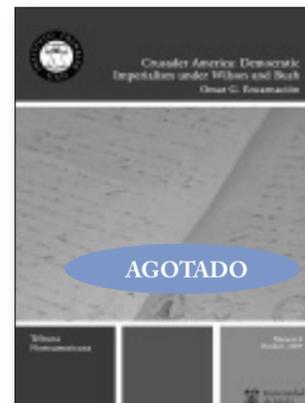
NÚMEROS ANTERIORES



Nº1. Julio 2009.
»The 2008 Presidential Election in Historical Perspective.
Andrew Richards



Nº3. Marzo 2010.
»Política Hispana: España y las Comunidades Hispánicas de Estados Unidos.
Guillermo López Gallego



Nº2. Octubre 2009.
»Crusader America: Democratic Imperialism under Wilson and Bush.
Omar G. Encarnación



Nº4. Mayo 2010.
»Las relaciones entre EE.UU. y Pakistán. Continuidad y cambio con la Administración Obama.
Alberto Priego



Nº5. Noviembre 2010.
»The United States Supreme Court and the Political Process: The Contemporary Status of Voting Rights Law.
Mark Rush



Nº6. Abril 2011.
»Un republicano en la Moncloa: la visita de Ronald Reagan a la España de 1985.
Coral Morera Hernández



Nº7. Julio 2011.
»El servicio diplomático norteamericano: el Foreign Service (FS).
Alberto Priego



Nº8. Marzo 2012.
»Running for President, la ambición política y la influencia de los medios.
Vicente Vallés
»Barack Obama y su carrera política.
Roberto Izurieta
»Los efectos de la "americanización" de las campañas electorales del mundo.
Roberto Rodríguez Andrés



Nº9. Julio 2012.
»España y los hispanos en los EE.UU.: una llamada a la realidad.
Javier Rupérez
»¿Qué significa ser Hispano en los EE.UU.?.
Octavio Hinojosa
»Estereotipo en el momento del cambio.
Emili J. Blasco



Nº10. Noviembre 2012.
»La dura factura de la crisis sobre la imagen española en los EE.UU.
Pablo Pardo
»Claves para una Política Hispana: cómo fortalecer el papel de España en EE.UU.
Daniel Ureña
»España-Estados Unidos. Una relación de futuro
Gustavo Palomares



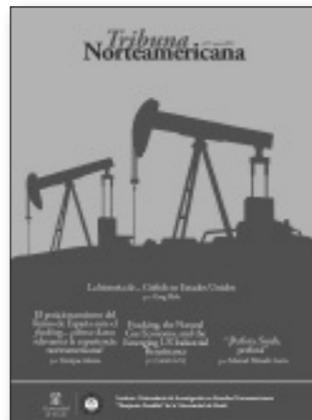
Nº11. Enero 2013.
»El difícil cambio de Obama hacia una histórica reelección.
Dori Toribio
»Obama, "Cuatro años más"
Esteban López-Escobar
»Obama: del icono al poder de la imagen
Antoni Gutiérrez Rubí
»Obama "Forward"



Nº12. Abril 2013.
»Cómo los vemos y cómo nos ven.
Inocencio Arias
»Las fronteras difusas del mercado en EE.UU.
David Fernández Vítóres
»El factor hispano: cantidades, cualidades y debates
Francisco Moreno Fernández



Nº13. Junio 2013.
 » U.S. Immigration Policy Debate, an investment in the future, or more roadblocks ahead?
 Clara del Villar
 » Hacia un nuevo modelo migratorio en EE.UU.
 Secundino Valladares
 » El impacto de la reforma migratoria en la economía de los EE.UU.
 Eva Pareja



Nº17. Enero 2015.
 » La historia de... Grifols en EE.UU.
 Greg Rich
 » El posicionamiento del Reino de España ante el fracking... ¿ofrece datos relevantes la experiencia norteamericana?
 Enrique Alonso
 » Fracking, the Natural Gas Economy, and the Emerging US Industrial Renaissance
 James Levy
 » "¡Perfora, Sarah, perfora!"
 Manuel Peinado Lorca



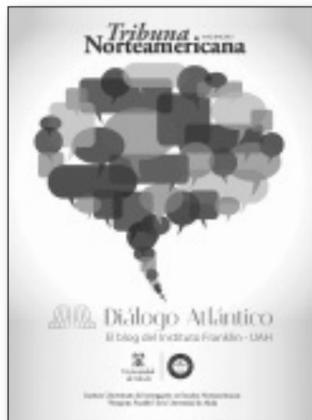
Nº21. Diciembre 2015.
 » La historia de... Repsol en Estados Unidos
 Arturo Gonzalo Aizpiri
 » Los nuevos fenómenos del terrorismo transnacional y la cooperación antiterrorista
 Emilio Sánchez de Rojas Díaz
 » Una aproximación a los acuerdos entre España y EE.UU.
 Federico Aznar Fernández-Montesinos
 » Hacia una nueva cooperación entre servicios de inteligencia
 Julia Pulido Gragera



Nº23. Noviembre 2016.
 » La historia de... Cosentino Álvaro de la Haza
 » Empresa y cultura, EE.UU. y España, una historia de éxito
 Julia Sánchez Abeal
 » Responsabilidad social corporativa, a uno y otro lado del Atlántico
 Mercedes Temboury
 » La sociedad, primera beneficiada del emprendimiento de alto impacto
 Adrián García-Aranyos
 » Un nuevo marketing para nuevas necesidades
 Javier Iturralde de Bracamonte



Nº14. Octubre 2013.
 » Los Foros España-EE.UU.
 D. José Manuel García-Margallo
 » Diplomacia pública y sociedad civil: la Fundación Consejo España-EE.UU.
 Emilio Cassinello
 » El Foro y el Consejo España-EE.UU.: los primeros años
 Jaime Carvajal
 » Dos décadas acercando sociedades
 Juan Rodríguez Inciarte
 » España-EE.UU.: medio milenio de historia común
 Gonzalo de Benito
 » España-EE.UU.: una relación de futuro
 Antonio Fernández-Martos Montero
 » Panorama interdisciplinario del español en los EE.UU.
 Francisco Moreno Fernández



Nº18. Abril 2015.
 » Diálogo Atlántico
 Varios autores



Nº22. Junio 2016.
 » La historia de... El Instituto Cervantes en los EE.UU.
 Ignacio Olmos
 » El español en el sistema educativo de los Estados Unidos
 Francisco Moreno Fernández
 » El español en las redes sociales a través de la Embajada Española en Estados Unidos
 Gregorio Laso
 » El español en las campañas presidenciales de Estados Unidos
 Daniel Ureña
 » Entrevista a Jaime Ojeda



Nº24. Junio 2017.
 » La historia de... Acciona en EE.UU.
 Joaquín Mollinedo
 » Donald J. Trump y el mundo: una relación conflictiva
 Javier Rupérez
 » El impeachment latente
 Vicente Vallés
 » El menguante círculo de confianza de Trump
 Dori Toribio
 » Todos los generales del presidente Pedro Rodríguez
 » Perspectivas de las relaciones EE.UU.-RUSIA en la Administración Trump
 Javier Morales



Nº15. Abril 2014.
 » Cómo fomenta la diplomacia de EE.UU. la igualdad de género y la participación en política de las mujeres
 Kate Marie Byrnes
 » Women's Progress on the Road to Congress: A Comparative Look at Spain and the U.S.
 Alana Moceri
 » U.S. Latinas and Political Leadership
 Lisa J. Pino
 » ¡Imparable Hillary Clinton 2016?
 Dori Toribio



Nº19. Junio 2015.
 » La historia de... BBVA, un reto del siglo XXI: hacia la vanguardia digital
 Juan Urquiola
 » Un buen debate electoral
 Dori Toribio
 » American Political Campaigns: Costs, Techniques, & Technology
 John Hudak
 » El arte de hacer campaña en España y EE.UU.: ventajas y similitudes
 Daniel Ureña



Nº16. Septiembre 2014.
 » Ferroviario en EE.UU.: diez años haciendo camino
 Joaquín Ayuso
 » EE.UU. vs Europa: Distintos lenguajes, similar semántica
 Sinuhé Arroyo
 » Inbenta, el Google español
 Julio Prada



Nº20. Diciembre 2015.
 » La incipiente y aún borrosa Marca España en USA
 Inocencio Arias
 » Trabajando para afianzar la imagen de las empresas españolas en EE.UU.
 Alicia Montalvo Santamaría
 » Un año especialmente fructífero en las relaciones entre España y EE.UU.
 Fidel Sendagorta
 » La Comisión Nacional para las Conmemoraciones de la Nueva España: la historia que nos une
 José Manuel Ramírez Arrazola

Con la colaboración de Iberia, transportista aéreo preferente



Blog Diálogo Atlántico

En blog Diálogo Atlántico trata temas sobre la actualidad política de Estados Unidos. Las entradas son escritas por investigadores del Instituto Franklin-UAH, así como colaboradores invitados, expertos en los siguientes ámbitos: Relaciones Internacionales, Educación, España-EE.UU., Política, Hispanos y Cultura. En el año 2016, el blog contó con la publicación de más de 70 entradas.



Entradas más visitadas en 2016:

- Año electoral: comparativa entre los sistemas electorales de EE.UU. y España
- ¿Por qué los hispanos votan a Trump?
- 6 Cifras que explican la victoria de Trump
- Thomas Jefferson, lector del Quijote
- El español en Estados Unidos: un futuro interesante
- La importancia del español en las universidades estadounidenses
- Los debates presidenciales ya están aquí
- De "Ricky Martín" a Pau Gasol

Redes Sociales

El Instituto Franklin-UAH está presente en las siguientes redes sociales:



Instituto Franklin-UAH



@IB_Franklin



Instituto Franklin-UAH



InstitutoFranklin

Suscríbete a nuestro boletín

Si quieres estar informado sobre:

- Noticias y artículos de opinión sobre Estados Unidos.
- Publicaciones de interés sobre Norteamérica
- Próximos eventos gratuitos sobre Estudios Norteamericanos
- Cursos y programas de estudios relacionados con EE.UU.
- Oportunidades para investigar sobre Norteamérica y viajar a Estados Unidos (becas y ayudas)
- Apariciones en prensa de nuestros investigadores

Diálogo Atlántico



Historia de una seducción: arte español en Estados Unidos

1898 fue una fecha decisiva en la historia contemporánea. Sabemos de sobra que la fácil victoria militar de Estados Unidos sobre España en la disputa por las últimas colonias caribeñas tuvo enormes consecuencias a corto y medio plazo, entre ellas una permanente crisis de identidad para los españoles y el comienzo de una mentalidad hegemónica sobre el mundo para los estadounidenses.

[SEGUIR LEYENDO >](#)

Publicaciones y prensa



Última publicación de la Biblioteca Benjamin Franklin

Título: (Buenos días, Mr. Carnegie! Arte español en las Intervenciones de los Estados Unidos (1898-1905)
Autor: Javier Pérez Segura
Sinopsis: A miles de kilómetros se escribió una narración hasta ahora desconocida del arte español contemporáneo. En la ciudad de Pittsburgh (Pensilvania) el mogul de la industria del acero, Andrew Carnegie, decidió financiar desde 1896 un sistema de acceso a la cultura para el pueblo americano, que incluía un museo y, de forma periódica, una exposición donde se enseñara lo mejor del arte moderno occidental: las Internacionales.

[MÁS INFORMACIÓN >](#)

Eventos



Dejar de recordar no puedo de José Antonio Gurpegui en la Feria del Libro

Madrid, 3 de junio de 2017

José Antonio Gurpegui, catedrático de Estudios Norteamericanos del Instituto Franklin-UAH, firmará ejemplares de su libro, *Dejar de recordar no puedo*, publicado en la colección de Los libros de Ouka Lele de la editorial Baeza & Fierro, este sábado, 3 de junio, a las 12:00, en la caseta nº289.

[MÁS INFORMACIÓN >](#)

Destacados



"La presencia de España en California. Las misiones de Fray Junípero Serra y el nombramiento del primer gobernador Gaspar de Portolá"

Santander, 7 - 11 de agosto de 2017

La Universidad Internacional Menéndez Pelayo oferta un curso magistral sobre la presencia española en Estados Unidos impartido por José Antonio Gurpegui, catedrático de Estudios Norteamericanos del Instituto Franklin-UAH.

[MÁS INFORMACIÓN >](#)

institutofranklin.net

Departamento de Comunicación

Responsable de Comunicación: Ana Lariño / ana.larino@institutofranklin.net / 91 885 52 53 / 637 56 73 56



Con la colaboración de:



Instituto Universitario de Investigación en
Estudios Norteamericanos "Benjamin Franklin" de
la Universidad de Alcalá

www.institutofranklin.net